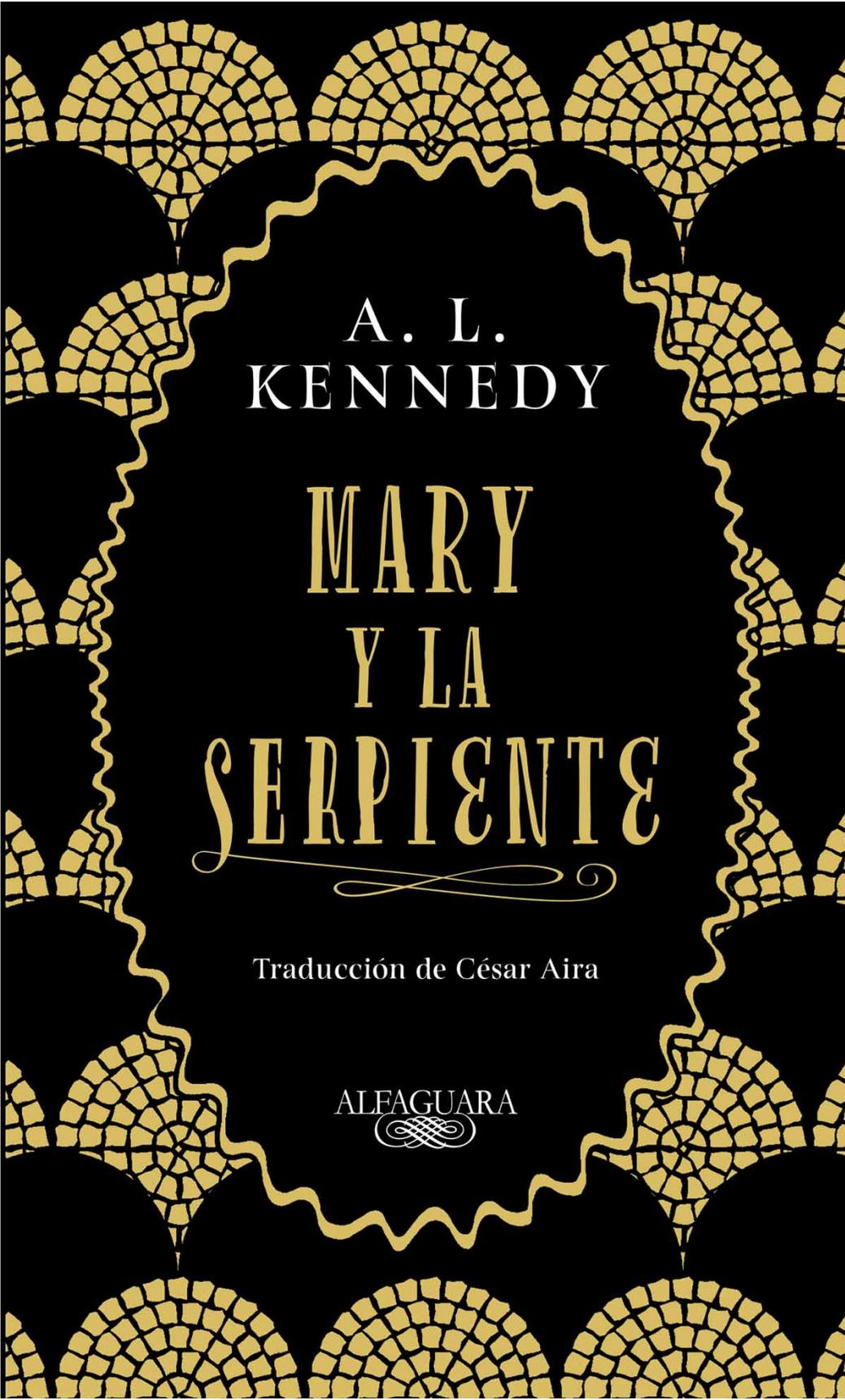


A. L.  
KENNEDY

MARY  
Y LA  
SERPIENTE

Traducción de César Aira

ALFAGUARA



A. L.  
KENNEDY

MARY  
Y LA  
SERPIENTE

Traducción de César Aira

ALFAGUARA

A. L.  
KENNEDY

MARY  
Y LA  
SERPIENTE

A decorative flourish consisting of a horizontal line with elegant, symmetrical scrolls at both ends, positioned below the title.

Traducción de César Aira

ALFAGUARA

The logo for Alfaguara, featuring a stylized, symmetrical knot or infinity symbol.

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara\_es



@editorial\_alfaguara

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*Para V. D. B.*

Esta es casi toda, aunque no toda, la historia de una extraordinaria y sabia niña. Se llamaba Mary. Todo lo que les contaré aquí comienza cuando Mary salió a caminar por su jardín cierta tarde.

Mary era un poquito más alta que otras chicas de su edad, y tenía el cabello castaño y ondulado. Era bastante delgada, porque no siempre tenía lo suficiente para comer. Le gustaba la miel y silbar y el color azul y descubrir cosas.

Vivía en una ciudad llena de gente de muy diversas clases. Esas muy diversas clases de gente hacían de ella un lugar maravilloso, repleto de canciones, historias, comidas y ropa y conversaciones todas interesantes. Aun así, quienes tenían la ciudad a su cargo no mostraban una actitud demasiado amistosa hacia la gente, y algunos de los departamentos en los que vivían las muy diversas clases de gente a menudo estaban secos donde deberían haber estado mojados, y mojados donde deberían haber estado secos, o simplemente fríos y oscuros y provistos de una electricidad de lo más pobre. Para disfrutar del cielo —algo que podían hacer gratis, y de lo que había de sobra para todos— la gente de las casas mojadas y secas volaba cometas desde los tejados. Algunas parecían aves del paraíso, algunas parecían peces y algunas parecían maravillosas serpientes.

Otras casas —como las de quienes tenían la ciudad a su cargo— eran lujosas y se alzaban hacia el cielo con grandes torres que llegaban más alto que las cometas. Estos departamentos contenían hermosas piscinas para nadar, o para criar peces, o quizá vastos acuarios con grandes reptiles como cocodrilos e iguanas azules. Y tenían despensas tan grandes como livings, y livings tan grandes como praderas, y probablemente praderas en los sótanos tan grandes como pequeños condados con montañas rusas de piedras preciosas y campos de golf hechos de pastel.

Mary sabía todo esto. Sabía toda clase de cosas y era muy inteligente. De pie en su jardín —que estaba en la azotea y era apenas un poco más grande que un mantel grande—, podía mirar hacia un lado y ver las tristísimas y diminutas casas de la gente oprimida. Si miraba para el otro lado, podía ver los edificios altos y brillantes llenos de cocodrilos y praderas. El edificio en el que ella vivía era solo un poquito oprimido. Sus cañerías únicamente goteaban los lunes y miércoles y los fines de semana, y cuando lo hacían su madre ponía cubos bajo las goteras y el metal repicaba como campanitas —o quizá más bien como campanitas mojadas— cuando las gotas caían en ellos.

El departamento de Mary era del tamaño justo para su madre y su padre y para ella, que eran todos los que allí vivían. A veces habría querido un hermanito o una hermanita con quien jugar, pero después pensaba que una hermanita tal vez sintiera celos de su inteligencia, o le interesase el ballet —que sería ruidoso—, o la talla en madera —que lo ensuciaría todo—. Mary dormía en un dormitorio que se suponía que era un armario, y si tenía que compartirlo con una hermana estarían apiñadas. Y quizá su nueva hermana roncara, o tuviera las piernas muy largas y le diera puntapiés al dormir.

Un hermanito varón con el tiempo crecería y dejaría de estar en su cuna de bebé doblando los deditos, y tal vez quisiera correr; y el jardín que tenían era demasiado chico para correr en él. Quienes tenían la ciudad a su cargo y no eran muy amistosos con la gente no habían hecho muchos parques para que los niños jugaran, o para que los adultos se sentaran y comieran helados y se dijeran unos a otros qué maravillosos eran sus hijos (o qué terribles eran sus hijos, según fuera el caso). Mary pensaba que a la gente que gobernaba la ciudad probablemente no les interesasen los parques, porque podían disfrutar de sus propias cascadas, y quizá nadar con sus propios cocodrilos y hacer casitas en los árboles y colgar hamacas en los tupidos bosques de las terrazas que podía ver si miraba con atención desde su propio jardín las torres brillantes.

Quienes venían a visitar la ciudad hablaban de ella como hablan los adultos frente a los niños, diciendo todo lo que les venía a la cabeza y dando por hecho que alguien tan pequeño como Mary no podría entenderlos o prestarles atención. Decían: «Esta ciudad es muy interesante, pero no hay flores que oler, y eso nos cansa». O bien decían: «Aquí todo es muy caro y no podemos permitirnos comprar entradas para ir a conciertos o salir a escuchar música y a bailar. Y el precio de los sándwiches grandes es de locos». O bien decían

cosas como: «Parece que a esta ciudad le gustan más los pájaros que la gente. Está llena de rebordes y cornisas y rincones y recovecos para que aniden los pájaros, y repleta de trocitos de comida del tamaño pequeño que conviene a sus picos. La construyó la gente, pero ella prefiere a los pájaros». Y a menudo esto es cierto con respecto a las ciudades. Necesitan gente que las construya, pero prefieren a los pájaros. Y eso puede volverlas lugares tristes.

Mary pensaba que los visitantes deberían venir y cenar con sus padres y oler los ricos aromas de la sopa; o quizá salir al jardincito y oler las rosas que había en él. O deberían hablar con la señora de la panadería, que silbaba y tarareaba cuando alimentaba a los pájaros con migas de pan, y también alimentaba a la gente con pan porque le gustaban tanto los pájaros como la gente. O podrían contemplar la hermosa danza de las cometas. O escuchar al caballero que se pasaba casi todo el domingo cantando y que vivía frente a la casa de Mary y usaba camiseta en lugar de camisa en verano. Cualquier visitante sensato y observador vería entonces que estaba en una ciudad agradable llena de cosas buenas y felicidad.

A Mary le gustaban la ciudad y su jardín. Podía cruzar el jardín exactamente en seis pasos largos, y recorrerlo de arriba abajo en ocho. Algunas tardes lo recorría con pasos muy cortos y esto hacía que el jardín pareciera dos veces más grande y mucho más hermoso. Cuando le explicaba esto a los adultos, los veía confundidos.

—El jardín es siempre del mismo tamaño —le decían—, por muchos pasos que puedas dar en él.

Ella les respondía:

—No es así. Cuanto más tiempo me lleva cruzar el jardín, más grande y más extremadamente maravilloso se vuelve, igual que el helado se vuelve mucho más espléndido cuando te lo comes muy despacio con una cuchara chica.

Como ya he dicho, la niña era muy inteligente.

—Entonces el helado se derretirá —decían los adultos.

Mary negaba con la cabeza y empezaba a dar saltitos y a tararear para sí una cancioncilla, porque los adultos esperan que los niños hagan ese tipo de cosas y les agradan mucho más que las preguntas que no pueden responder. No decía que, si se quedaba totalmente quieta en su jardín, el jardín seguía hasta el infinito, porque ella nunca podría alcanzar sus confines. Eso habría dejado perplejos a los adultos.

Y resultaba que estas cosas convertían a los adultos en el opuesto exacto de

la niña.

En cualquier caso, como dije al comienzo —¿lo recuerdan?—, esta niña llamada Mary estaba un día caminando en su jardín. Creía que el jardín era suyo porque lo amaba. Creía que amar algo hacía a ese algo parte de uno, del mismo modo que los pies son parte de uno. (Y, por supuesto, uno sería muy tonto si no amara sus pies —en caso de que los tenga— porque pueden ser muy útiles.)

Esa tarde, que era la de un domingo ventoso, la niña estaba dando pasitos extracortos, de modo que el jardín se estiraba kilómetros, casi llegaba a otro país. Los cuatro rosales se volvían cuatro árboles gigantes y los tres canteros extensos campos, y el pequeño estanque, un mar interior de dimensiones impresionantes. Por desgracia seguía sin tener cocodrilos.

La niña se metió las manos en los bolsillos para que no se enfriaran, porque lo prefería a usar guantes. Esto decididamente no se debía a que hubiera perdido los suyos, como había sugerido su madre. También observaba su aliento, que aparecía en nubecillas de vapor ascendente, como si de algún modo su cuerpo estuviera quemando por dentro las hojas secas del otoño, o quizá lavando gran cantidad de sábanas y produciendo vapor como en la lavandería. Estaba tan absorta en lo que hacía, que le llevó un rato advertir una ligerísima diferencia entre uno de sus tobillos y el otro.

Cuando miró hacia abajo, a la izquierda, vio que, ceñida alrededor de su media de lana bien remendada, había aparecido una ajorca de color dorado. La ajorca tenía dos gemas que brillaban, y por momentos la ajorca misma parecía titilar, casi como si se moviera.

Era inmensamente elegante.

Lo supo porque la ajorca se lo dijo. Como era muy razonable, la niña no había adquirido todavía el tonto hábito de hablar solo con la gente, por lo que con gusto les dirigía la palabra a objetos y animales que parecían deseosos de conversación o compañía.

—Cielo santo —le dijo a la ajorca. Y después—: ¿De dónde has salido? — y por fin—: Hola.

—Hola —respondió la ajorca—. Soy inmensamente elegante.

—Oh —dijo la niña—. Mucho gusto, señora Elegante.

La ajorca onduló en el tobillo y brilló y sus dos gemas se encendieron como dos bolitas de azabache, o quizá como dos rubíes muy oscuros.

—No, no. No me llamo Inmensamente Elegante; esa es solo una de mis

muchas cualidades. Soy elegante, inteligente y ágil. También tengo una hermosa voz. Y soy extremadamente rápida.

Llegados a este punto, Mary pensó que la ajorca era también un tanto jactanciosa y la interrumpió, aun cuando era cierto que tenía una voz encantadora.

—¿Cómo te llamas entonces? Y no me pareces tan rápida.

—¿Ah, no? —y al instante la ajorca desapareció.

Se movió tan rápido que Mary todavía estaba escuchando su voz deliciosa, que se reía para sí y quedaba atrás, cuando su cuerpo ya se había ido a otra parte. Tuvo que buscar, hasta que la vio colgando de la rama de uno de los rosales.

—Quizá no deberías hacer eso. Puede que a la rosa no le guste.

—Oh, la rosa no se molestará conmigo —dijo la ajorca, balanceándose con una diminuta sonrisa—. Yo soy el ser más rápido que conocerás nunca —le confió, de nuevo desde su tobillo, sin que su voz mostrara la menor señal de agitación.

—Es impresionante —admitió Mary.

—Lo sé.

—Pero ¿cómo te llamas?

—Quizá te lo diga más tarde. Deberías ser muy cuidadosa siempre a la hora de decirle tu nombre a nadie, y no darlo sin más.

—Bueno, si no quieres decirme tu nombre, dime qué clase de brazaletes eres —Mary se sentó con mucho cuidado bajo uno de los rosales, para mirar desde más cerca a su nueva amiga parlanchina.

—No soy un brazaletes.

La ajorca se desenroscó y —muy rápido, pero no tanto como para que Mary no pudiera verlo— deslizó su cuerpo dorado hasta que le dio la vuelta varias veces a la muñeca de la niña, como si fuera un brazaletes después de todo.

—Ah —dijo Mary—, ya veo.

La ajorca se deslizó y se enroscó y le hizo cosquillas hasta quedar bien enrollada en la mano de la niña, y los dos puntos de color que había creído que eran piedras preciosas la miraban desde una fina cabeza dorada.

Las gemas rojas parpadeaban como diminutos ojos inteligentes. Esto sucedía porque *eran* diminutos ojos inteligentes.

—Sí —dijo la serpiente—, soy una serpiente —y sonrió por un instante, en la medida en que se puede sonreír sin labios, y asomó una elegante lengua de

un color rojo vivo que se bifurcaba en la punta y lamió el aire que la rodeaba —. Sabes a dulces y a jabón y a ser buena.

Mary sacó su propia lengua, pero no pudo saborear nada de la serpiente.

—No tengo ningún sabor —le dijo la serpiente—. ¿No tienes miedo? Por lo general la gente le teme a las serpientes. Cuando me ven suelen salir corriendo en cualquier dirección y agitan los brazos y gritan.

—¿Te gustaría que hiciera eso?

—No especialmente —ronroneó la serpiente—. Pero ¿no deberías estar terriblemente asustada?

—¿Por qué? ¿Eres terriblemente temible?

La serpiente meneó la lengua y volvió a saborear el aire.

—Bueno, podría serlo... Las serpientes pueden ser muy peligrosas. Algunas aplastamos animales grandes envolviéndolos en nuestros músculos y poco a poco devoramos cocodrilos enteros, o canoas, o canoas con gente dentro.

—Pero eres pequeña.

—Puedo hacerme grande.

Mary pensó que sería mentira, pero no quiso herir los sentimientos de la serpiente.

La serpiente irguió su pequeña columna levantando la cabecita de modo que pudiera mirarla de frente. Balanceó el cuello hacia atrás y adelante como si estuviera escuchando música y le miró los ojos azules con los suyos rojo oscuro y con sus extrañas pupilas delgadas, que eran más negras que el negro del ala del cuervo y que parecían ir muy profundo si uno se concentraba en ellas y prestaba atención.

—Hay serpientes que pueden morderte una sola vez y llenarte con tanto veneno como para matar a veinte hombres, a cincuenta hombres, quizá hasta a cien hombres.

—Yo no soy un hombre —dijo Mary—. Soy una niña pequeña.

La serpiente parpadeó.

—Te estás poniendo difícil. Una serpiente podría envenenarte más rápido que a un hombre porque el veneno tendría que viajar menos.

—Lo sé —dijo Mary asintiendo con la cabeza—. Pero pienso que ni siquiera una serpiente enorme y feroz podría matar a cien hombres.

—A veinte sí, definitivamente —la serpiente sonaba un tanto enojada.

—Pero yo he aprendido todo sobre las serpientes venenosas y sus rayas y sus costumbres, por si acaso viajo a tierras lejanas y corro aventuras allí

cuando sea mayor. Tu clase de serpiente no está en ninguno de mis libros sobre serpientes. Y he leído muchos.

Esto era cierto. Mary había leído muchísimos libros sobre serpientes. Los había sacado prestados de la biblioteca pública, y había tomado notas.

—Algunas serpientes tienen plumas y beben la sangre de los guerreros, y algunas viven en el Inframundo en Egipto. Y otras oscurecen el sol cuando vuelan y restallan las colas como si fueran truenos —se jactó la serpiente.

—Eso suena a leyendas sobre serpientes, no a serpientes reales. Y la última parece más un dragón que una serpiente. Los dragones están en los libros de cosas que no existen —dijo Mary con severidad.

La serpiente suspiró y descendió para recostarse en la mano de la niña, donde pareció de pronto tan suave como una cinta de seda.

—Oh, en fin... Quizá impresiono menos que de costumbre porque estoy hambrienta. ¿No tendrías un ratón que me pueda comer? —recostó la cabeza en la palma de la mano de la niña, como si se estuviera desmayando de hambre, pero las pupilas brillaban y no le quitaban ojo.

—Si tuviera un ratón, sería mi ratón mascota y jamás se lo daría a nadie que lo pudiera comer.

—Pero supongo que comes pescado frito y costillitas de cordero y asado de vaca y zancas de pollo... —volvió a recostarse, gimiendo como si estuviera famélica.

—Bueno, sí, pero nunca alterné con corderos y vacas y pollos —explicó Mary—. Sería muy descortés comerme a alguien que hubiera conocido. Y lo que más comemos nosotros son guisos con verduras y habichuelas y cosas que no cuestan tanto como la carne. Y aquí estamos muy lejos del mar, así que no comemos mucho pescado. ¿Tú vives en una jungla?

—No.

—Me gustaría saber cómo es realmente una jungla.

—Estás divagando. Tengo mucha hambre.

—Mañana, que es lunes, tenemos clase de costura en la escuela. La señora Kohlhoffer, que enseña costura, siempre dice que mi mente divaga. No comprende que ya sé suficiente sobre costura para el resto de mi vida. Y no volveré a bordar fundas para el respaldo de los asientos nunca más. No decoraré más pantuflas ni coseré otro saco para guardar mis útiles de costura. Ni siquiera seré cirujana, o sea que no tendré que coser a mis pacientes después de haberlos operado. Y un cirujano no sería muy popular si bordara

flores en las cicatrices del paciente. Yo exploraré el mundo y puede que un león me muerda la pierna, o un brazo, o algo, o tendré que coser una herida de machete..., pero ya he aprendido cómo son las puntadas que hay que dar en las heridas, o para cerrar en condiciones un muñón después de una amputación.

La serpiente había vuelto a sentarse (si es que puede decirse que las serpientes se sientan) porque Mary le interesaba y había olvidado que estaba fingiendo que tenía hambre.

—Niña, niñita, el mundo es un lugar extraño que explorar y debes prometerme —dijo con su maravillosa voz— que tendrás muchísimo cuidado allá donde vayas.

Esto parecía algo muy amable, así que Mary le dijo su nombre a la serpiente:

—Me llamo Mary.

—Gracias, Mary. Mary... —dijo la serpiente con una voz que sonaba como si estuviera pensando en algo dulce y triste—. Pues bien, Mary, yo he estado alguna que otra vez en la jungla y sé que cuando estás allí siempre debes tener tu machete bien afilado de modo que corte fácil y limpio y con seguridad. Y hay que guardarlo en su funda cuando no lo estás usando, y nunca molestar tanto a un león como para que le den ganas de morderte. De hecho, evita a los leones y a todos los felinos grandes. Y también a los osos. Y definitivamente a los hipopótamos.

—Pensé que estabas débil por el hambre.

—Estoy preocupada por ti. Pero tú muestras una notable sabiduría. Deberías escribir las cosas que te digo para no olvidarlas —la serpiente parpadeó—. Pero sí, además tengo mucha hambre. ¿Tendrás al menos algo de queso? Puedo sobrevivir con queso. ¿Un poco de gruyer, quizá?

Mary se inclinó hasta quedar muy cerca y besó a la serpiente en la nariz. (Aunque, por supuesto, no podía decirse que tuviera nariz.)

—Eres muy atrevida —gruñó la serpiente. Pero también se deslizó como oro derretido dando vueltas y vueltas al brazo en un movimiento feliz que hacía brillar de un modo delicioso sus escamas. Después volvió a descansar tranquilamente en la mano de Mary—. Podrías llamarme Camatayon, o Bas, o Lanmo, o...

Como la serpiente parecía tener muchos nombres, y como a Mary le gustó cómo sonaba este último, le dijo:

—Lanmo. Te llamaré Lanmo.

—Sí, así estará bien —asintió la serpiente.

—Gracias por decirme tu nombre —Mary notó que ella también tenía un poco de hambre—. ¿Vamos adentro? Puedo tostar queso sobre el pan. Sé tostar queso.

La serpiente inclinó la cabeza como si estuviera pensando.

—Creo que yo comeré queso frío sin pan, por mis dientes. El queso tostado sería demasiado pegajoso.

Abrió cuidadosa y lentamente su boca oscura para que Mary pudiera verle los dientes, que eran puntiagudos y blancos como el hueso. A izquierda y derecha de los dientes delanteros tenía un colmillo más largo que era especialmente afilado.

—Dios santo.

—*Mi iene o taran ao* —dijo la serpiente Lanmo.

—¿Perdón? —a Mary le habían enseñado a ser cortés.

Lanmo cerró la boca y sus dientes de aguja se ensamblaron a la perfección por un instante, antes de que volviera a hablar:

—Mis dientes no te harán daño.

—Oh.

—Lo prometo.

—¿Y qué clase de serpiente eres?

—La clase que nunca aparece en los libros —frotó la cabeza contra el dorso de la mano de la niña e hizo revolotear la lengua.

Mary le consiguió a la serpiente unos trocitos de queso, que ella comió con delicadeza para después darle las gracias y desaparecer, a su modo rápido y serpentino.

Esto hizo que la niña se sintiese un tanto sola el resto de la tarde, hasta la hora de su propia cena esa noche (que era un guiso de verduras, y de segundo plato más guiso de verduras), cuando notó el brillo de dos ojos rojos bajo su servilleta.

—Oh —dijo en voz alta, y al ver que su madre y su padre se habían girado para mirarla, tuvo que continuar—: Qué delicioso guiso. Sí. Vaya. Qué guiso más delicioso —hizo esto porque comprendió que sus padres podían llegar a agitar los brazos y gritar mucho si ella decía en voz alta: «Oh, tengo una hermosa serpiente llamada Lanmo bajo la servilleta. Ha regresado para verme, así que va a ser mi amiga».

Lanmo, más rápida que un suspiro de seda, se coló en el bolsillo de su

vestido, y podía sentirla agitándose con pequeños movimientos, que podían significar que se estaba riendo. Esto la hizo sonreír, y tuvo que modificar su sonrisa de modo que pareciera una sonrisa sobre guisos, no sobre serpientes.

Más tarde, cuando Mary estaba sola en el baño, preparándose para acostarse, miró en el bolsillo, pero ahí no había nadie. Lanmo se había ido otra vez. Supuso, correctamente, que lo había hecho para que ella pudiera ponerse el pijama y cepillarse los dientes en privado. Cuando abrió la puerta de su dormitorio, allí estaba la serpiente, enroscada en la almohada, tentando el aire con su lengua bífida y mirándola con sus incisivos ojos rojos. Brillaban en el cuarto diminuto y oscuro, que no tenía ventana porque en realidad era un armario. Estaba tratando de parecer una más de la casa.

—Hola, Mary. Te vigilaré hasta que te duermas. Mantendré a raya las pesadillas.

—Pero yo no tengo pesadillas.

—Podrías tenerlas ahora. Tienes una serpiente en la almohada —al decir esto, Lanmo sonrió y se hizo a un lado para que Mary pudiera meterse en la cama. Después quedó muy chata sobre el cobertor, para poder mirarla a los ojos—. Siempre estarás a salvo cuando yo esté aquí. Porque soy tu amiga y vendré a visitarte muchas, muchas veces.

—Bien —dijo Mary bajo las mantas, porque estaba muy adormilada. Pensó que los ojos de Lanmo le recordaban las puestas de sol y, por algún motivo, esto le dio mucho más sueño.

Y la serpiente la observó hasta que supo que estaba soñando pacíficamente y entonces volvió a decirle:

—Vendré a visitarte muchas, muchas veces —asintió con gesto triste—. Y después te visitaré una vez más.

Pasó la lengua por el aire para asegurarse de que la niña era feliz y sintió el sabor de la verdad y el valor y el dentífrico y el jabón que olía a flores y la hizo estornudar con un breve estornudo de serpiente. «*Pffs.*» Y pudo sentir que en su sueño Mary ya estaba navegando en canoa por un gran río que corría entre altos árboles de la jungla, con un león mascota a sus pies. Se sintió un tanto celosa de que no se la estuviera imaginando a ella en la canoa.

Pero la serpiente no era ninguna clase de mascota.

Una vez que Mary estuvo profundamente dormida, la serpiente viajó invisible y cruzó la ciudad más veloz que el pensamiento, hasta el sótano de un hombre llamado Meininger. El sótano se prolongaba kilómetros en muchas

direcciones. Era la más espléndida y sorprendente de todas las cavernas de millonarios de la ciudad, y doscientos mineros importados de Bolivia habían necesitado todo un año para excavarla. Tenía un lago para nadar, aunque el señor Meininger no sabía nadar, y tenía muchas máquinas expendedoras de helado, aunque al señor Meininger no le gustaba el helado. Tenía maravillosas estatuas y fuentes, aunque al señor Meininger no le interesaban especialmente el arte ni las aguas danzantes. Tenía un huerto de árboles frutales provisto de luz eléctrica, de modo que los manzanos y ciruelos y perales tenían que crecer todo el tiempo y nunca podían descansar en la oscuridad. Jamás sentirían los pequeños pies de animales o pájaros o insectos haciéndoles cosquillas, porque en el sótano no se permitía la presencia de ningún ser vivo sin la autorización del señor Meininger. Solo había dado permiso a los doscientos mineros bolivianos importados, a los árboles, a sus muchos sirvientes y a los malabaristas y cómicos a los que a veces pagaba para que trataran de hacerlo sonreír.

Él no sonreía. Lo consideraba un desperdicio de esfuerzo estúpido, casi tan estúpido como querer hacer sonreír a otro. También pensaba que constituía un buen castigo para los malabaristas y cómicos que tenían que seguir con sus equilibrios y sus caídas y sus trucos y contándole historias divertidas y chistes mientras él los miraba como un sapo gigante y solemne con una gran bata de seda. Los hacía seguir y seguir hasta que lloraban, y si no lloraban se negaba a pagarles.

Todo lo cual hace comprensible que el señor Meininger se mostrara sorprendido e irritado cuando alzó la vista de un informe sobre la velocidad a la que estaba creciendo su fortuna y vio la cara de nuestra amiga la serpiente.

Creo que podemos llamarla nuestra amiga porque somos amigos de Mary, y sus amigos deben ser nuestros amigos, en tanto sean buenos y amables.

—Ugh —dijo el señor Meininger. (Era demasiado gordo para agitar los brazos y demasiado digno para gritar)—. Una serpiente.

—Lo sé —dijo la serpiente, y agitó la lengua y se enroscó en la manga de la bata del señor Meininger como un adorno en hilos de oro, salvo que con dientes.

—Ugh —dijo el señor Meininger—. Una serpiente que habla.

La serpiente parpadeó:

—Eso también lo sé —inclinó la cabeza a un lado, como si estuviera estudiando al señor Meininger con la mayor atención—. Ahora quizá pueda

decirme algo que yo no sepa.

El señor Meininger estaba habituado a que lo rodearan sirvientes extremadamente respetuosos y árboles tristes y cansados. La gente que encontraba fuera de su caverna siempre se mostraba deferente y le regalaba cosas, porque uno siempre recibe regalos si ya tiene demasiado. Y si no se lo reverenciaba y mimaba, se ponía muy rojo y rugía, o se ponía muy pálido y gruñía que deberían despedirlos a todos de inmediato. Y eso hacían. Esto sucedía incluso si los despedidos eran primeros ministros, estrellas de cine o reyes. El señor Meininger a veces practicaba su gruñido en el baño mirándose en el espejo para asegurarse de que había perfeccionado su mirada de hielo. Por lo general, un animal no autorizado en su caverna habría sido motivo de rugidos y miradas fijas y despidos de todo tipo. Pero el señor Meininger no pudo decir una palabra y sintió que empezaba a tener la piel sudorosa y demasiado tensa.

—¿Y bien...? —preguntó la serpiente, y esperó muy educadamente.

Y aun cuando la voz de la serpiente era como terciopelo con mantequilla y aun cuando se mostraba muy quieta y cortés, el señor Meininger descubrió que estaba muy asustado y temeroso de ese elegante cuerpo dorado y esa delicada cabecita dorada.

—He hecho un largo camino para venir a verte —dijo la serpiente. Probó el aire con la lengua y pudo sentir el gusto de los pensamientos oscuros y torcidos del señor Meininger, su corazón superficial y poco luminoso y su cerebro calculador. También pudo sentir un miedo denso como la niebla—. Al menos podrías decirme tu nombre.

El señor Meininger no pudo evitar decir:

—Karl Otto Meininger —si ustedes hubieran estado ahí para oírlo, habrían notado que sonaba como si estuviera respondiéndole a un maestro de escuela, o llenando un formulario. Después soltó—: Soy el tercer hombre más rico del mundo —mencionó esto porque era algo que siempre había impresionado a la gente, aunque ya sentía que la serpiente no era gente y no se mostraría impresionada.

—No —murmuró la serpiente con su voz más dulce—. Eres el cuarto más rico. Hace diez minutos las minas de cobre de Lembit Quartak lo hicieron el tercero más rico —trepó un poco más arriba por la manga de Karl. (Ahora podemos llamar Karl al señor Meininger, ya que nos ha dicho su nombre.) El cuerpo de Lanmo quedó sobre el hombro izquierdo de Karl, y allí susurró—:

Y de todos modos eso no importa. Nunca importó.

Karl tragó saliva, sintiendo el aliento de la serpiente contra el cuello.

—Por favor —Karl no había dicho «por favor» en muchos años: no había habido nadie a quien considerase digno de decírselo.

—¿Por favor qué? —preguntó la serpiente, y la pregunta hizo que la piel de Karl se estremeciera de la cabeza a los pies—. ¿Qué es lo que quieres, Karl Otto Meininger, el cuarto hombre más rico del mundo?

—Por favor, no.

—Mmm —la serpiente se deslizó por detrás del cuello de Karl y quedó sobre el otro hombro. Murmuró en el oído derecho—: Creo que puedo saborear cuántas veces otros te dijeron eso a ti, y cuántas veces los ignoraste.

—No era mi intención.

—Por supuesto que lo era —ronroneó la serpiente—. A mí puedes decirme la verdad. Los ignoraste siempre, ¿no es cierto?

Karl hizo un ruido con la garganta que recordaba haberle oído a otra gente cuando él los obligaba a trabajar toda la noche el día del cumpleaños de sus hijos, o los despedía el día antes de Navidad, o decidía echar abajo sus casas, solo para demostrar que podía hacerlo. Después dijo:

—Te daré todo lo que tengo —otra gente le había dicho eso también.

La serpiente frotó la cabeza contra la oreja de Karl, que oyó el roce de sus escamas immaculadas.

—No puedo tomar todo lo que tienes... —hizo una pausa—, tomaré solo todo lo que eres.

Y entonces la serpiente abrió su hermosa boca y sus diminutos dienteillos afilados brillaron blancos como el hueso.

A la mañana Mary se despertó temprano y descubrió que se sentía más descansada y a gusto que nunca. Cuando giró sobre el costado vio a Lanmo enroscada en la almohada. Quizá estuviera durmiendo, quizá no, pero lo cierto es que tenía los ojos cerrados y estaba haciendo pequeños ruidos que sonaban z-z-z y quizá ese fuera el modo en que roncaban las serpientes. Mary le sonrió y besó la cabeza lisa y cálida que brillaba a la luz opaca de un amanecer de otoño que se anunciaba al otro lado de la puerta.

—Buen día, Lanmo.

La serpiente, que estaba perfectamente despierta, abrió sus ojos de rubí y lamió la punta de la nariz de Mary para hacerla reír.

—Buen día, Mary. ¿Has dormido mejor y con un sueño más profundo que nunca? —se alisó sobre la manta y se enroscó y se ató en nudos y se desató, se puso muy recta y después curvó el cuerpo en una elegante línea circular y levantó la cabeza—. Así es como nos despertamos las serpientes —explicó—. Si llegas a ver a otra serpiente haciendo esto, no la interrumpas. De hecho..., mejor que no tengas nada que ver con serpientes que no sean yo. Nunca se sabe.

—¿Y si veo una serpiente muy hermosa? —preguntó Mary, bromeando.

—No hay serpientes más hermosas que yo —dijo Lanmo con firmeza—. ¿Podría desayunar un poco más de queso? Estoy cansada.

—¿No has dormido bien?

—No mucho.

Mary sacó a escondidas de la despensa un pedacito de queso para la serpiente y se lo fue dando mientras caminaba con un frío glacial hacia la escuela. Lanmo iba sobre la mochila, espiando por encima del hombro de la niña.

—Las serpientes no vamos a la escuela. Todo lo importante del mundo está escrito en el interior de los huevos. Una vez terminamos de leer y memorizar todo, rompemos el huevo y salimos del cascarón.

—¿De verdad? —dijo Mary mientras cruzaba el patio de la escuela, sintiéndose mucho menos sola que de costumbre.

—Quizá —dijo la serpiente, que se parecía del todo a una serpiente y lamía rápido ese aire tan interesante, cargado de información.

Varios maestros miraron fijamente a Lanmo, pero como una niñita nunca tiene una serpiente dorada reclinada tan tranquila sobre su mochila, supusieron que era una clase rara de manija, o que tenían sucios los anteojos, o que se habían equivocado. Ninguno de los niños vio a la serpiente, porque estaban concentrados en sus cosas y, como de costumbre, no tenían tiempo para ocuparse de Mary.

Mientras Mary asistía a distintas clases y aprendía los colores del dinero y la duración de diferentes silencios y el peso promedio de las alturas, la serpiente se deslizaba de aula en aula explorando.

Descubrió que la escuela era muy rara. En un aula la maestra les decía a los alumnos:

—Verán aquí en el pizarrón todas las respuestas para el Examen Nacional de hoy. Pasarán esta hora copiando las respuestas en sus Formularios del Examen Nacional. Si han copiado las respuestas correctamente, significará que son lo bastante inteligentes para presentarse al Examen Nacional de la semana que viene.

Un niño chico de pelo rojizo sentado al fondo levantó la mano y preguntó:

—¿No deberíamos estar aprendiendo cosas como por qué sopla el viento y qué es arriba y abajo y cómo atarnos los cordones de los zapatos y qué es el amor?

—No —dijo la maestra—. Tenemos que demostrar que somos inteligentes para que los Evaluadores del Examen Nacional puedan evaluarnos, y una vez que nos hayan evaluado podemos pasar a nuestra siguiente evaluación.

El niño de pelo rojizo (se llamaba Paul) preguntó:

—¿Por qué hay una serpiente dorada acostada en su escritorio, fingiendo que es una regla?

Es cierto, nuestra amiga Lanmo estaba muy quietecita sobre el escritorio de la maestra, escuchando y descubriendo cómo enseñaban los seres humanos a sus crías, sin la ayuda de los huevos educativos.

La maestra miró el escritorio y, por supuesto, no pudo ver la serpiente maravillosa, porque a las serpientes maravillosas no se les permite subir a los escritorios y no forman parte de los Exámenes Nacionales, y por lo tanto son invisibles. No obstante lo cual, quedó intrigada y callada un momento, y sintió un frío en la boca del estómago.

Mientras la maestra sentía esta incomodidad, la serpiente levantó su esbelta y perfecta cabeza y miró a los ojos a Paul.

Paul devolvió la mirada a esos dos ojos diminutos, rojos como el valor y las puestas de sol, y profundos como abismos. El chico sintió que el corazón le latía fuerte en el pecho y comprendió (porque era un chico extremadamente sensato) que estaba sucediendo algo asombroso, algo educativo, algo que tendría que recordar.

Y la serpiente extendió la lengua y saboreó la perplejidad de la maestra y el vacío de la clase y el tedio de los niños. Y sintió el sabor del brillante y curioso cerebro que trabajaba dentro de la cabeza de Paul, y el corazón liviano y limpio que latía en el interior de su pecho.

Entonces la serpiente le guiñó un ojo a Paul.

Esto hizo que Paul se riera.

Y mientras Paul se reía, la serpiente desapareció, exactamente como Paul había supuesto que haría una serpiente maravillosa. Esto hizo que Paul se riera más aún.

—¿De qué se ríe, niño tonto? —gritó la maestra. Siempre que se sentía insegura o ridícula se animaba alzando la voz. Los chicos lo entendían; era

parte de su educación.

—No me estoy riendo —dijo Paul.

No mentía, porque ya había dejado de reírse. Lo dijo con gran aplomo, porque de pronto se sentía seguro de toda clase de cosas, y un poco más alto. Y de algún modo este aplomo le hizo recordar a la maestra que debía asegurarse de que la clase copiara las Respuestas Nacionales a las Preguntas Nacionales exactamente como debían hacerlo y se olvidó de Paul y gritó un poco más.

Una vez que la maestra se distrajo, Paul sonrió con una gran sonrisa, tan grande que podía sentirla hasta en los dedos de los pies.

En el recreo del almuerzo todos los chicos salieron al patio y jugaron a diversos juegos. Paul se sorprendió a sí mismo marcando un gol en el partido de fútbol. Y junto a la salida del Departamento de Medidas dos niñas con pelo rubio rizado Muy Atractivo estaban saltando con sus Amigas Muy Atractivas.

Lanmo había trepado al hombro de Mary, estaba enroscada como un broche, con uno solo de sus ojos de rubí a la vista. Quería aprender cosas sobre los juegos y saber cómo eran los niños en estado salvaje, lejos de los maestros.

—Mary, tu escuela es un lugar muy raro.

Mary le susurró con un lado de la boca:

—Creo que es una escuela como todas las otras.

Lanmo lo pensó un momento:

—Eso explica muchas cosas.

Mary estaba de buen humor porque tenía una amiga y, aunque normalmente no lo habría hecho, se acercó a la más alta de las Chicas Muy Atractivas reunidas junto al Departamento de Medidas y preguntó:

—¿Puedo jugar a saltar con ustedes? —era una niña muy cortés.

—*Fffuh* —dijo la Chica Muy Atractiva. No nos molestaremos en averiguar su nombre. No es amable.

Mary no sabía lo que significaba «*ffuh*», así que volvió a preguntar:

—¿Puedo, por favor? —y esperó una respuesta.

—No, pues claro que no puedes. Eres rara y hueles a guiso y tu vestido es viejo-viejo-viejo, y todas te hemos visto murmurándole a tu hombro como una bruja loca.

Tras esto, todas las demás Chicas Muy Atractivas empezaron a bailar y saltar alrededor de Mary cantando: «Bruja loca, bruja loca, Mary, Mary, bruja loca. Bruja loca, bruja loca, Mary, Mary, bruja loca».

Como es natural, estas cosas siempre hacían que Mary se sintiera terriblemente mal, y si no hubiera puesto todo su empeño se habría echado a llorar. Hoy estaba con su amiga Lanmo, así que se quedó muy quieta y se cruzó de brazos y miró sus zapatos viejos y gastados, que le quedaban un poco chicos. Estaba triste y los zapatos la hicieron sentir más triste aún.

Pero en su hombro Lanmo estaba erizando las escamas de la rabia. Sonaba como alguien que arrastrara una espada sobre piedras muy muy lejos. Estaba tan furiosa que empezó a cascabelear, pese a que no era esa clase de serpiente. Levantó la cabeza y dijo con su voz más persuasiva, fuerte y claro:

—Vuelvan a saltar, chicas nada encantadoras. Es lo que harán, ahora mismo.

Aunque las Chicas Muy Atractivas no sabían exactamente quién había sugerido esto, dejaron de bailar y cantar y se organizaron en una fila para saltar mientras un par de chicas sostenía los extremos de una larga cuerda.

Salvo, por supuesto, que no sostenían los extremos de una larga cuerda, porque la serpiente había saltado del hombro de Mary y se había estirado en una forma muy larga y flexible y se había tomado el trabajo de parecer una cuerda más real que la cuerda real. Y como a veces es más sencillo creer las mentiras magníficas que las verdades aburridas, las chicas la habían tomado y ahora empezaban a hacerla girar arriba y abajo y adelante y atrás, y a saltar por encima de ella. La serpiente encontró esto delicioso y, ante la mirada de Mary, brillaba a la luz del sol de invierno y sacaba la lengua con la que se informaba de lo malas y mezquinas que eran por dentro las Chicas Muy Atractivas.

Esto hizo reír y aplaudir a Mary.

Ahora bien, saltar a la serpiente es un juego raro y tiene reglas especiales. Hace que pasen cosas extrañas. Sin proponérselo en modo alguno, las Chicas Muy Atractivas descubrieron que estaban saltando cada vez más y más y más rápido. Sus delicados piecitos rebotaban en el suelo como nunca lo habían hecho antes, y los brazos de las Chicas Muy Atractivas que hacían girar lo que creían que era una cuerda ya no se veían con claridad porque la cuerda giraba terriblemente rápido. La serpiente brillaba y se reía mientras los brazos y piernas de las Chicas Muy Atractivas saltaban y se sacudían y daban vueltas y todas se acaloraban y cansaban y preocupaban. Y entonces las Chicas Muy Atractivas comenzaron a asustarse.

Mary vio cambiar sus Caras Muy Atractivas, y aunque le gustó un poco ver que lo estaban pasando mal, también sintió lástima por ellas.

—Lanmo, quizá deberías parar ya.

Pero la serpiente se estaba divirtiendo demasiado para detenerse. Y aún seguía furiosa.

Poco a poco, todos en el patio interrumpieron lo que estaban haciendo y miraron asombrados la enorme, extraña, brillante y borrosa forma que componían las chicas y la serpiente giratoria. Hasta Paul dejó de correr con el suéter sobre la cabeza festejando el nuevo gol que había marcado, el tercero.

—Lanmo, por favor —dijo Mary, en voz baja.

Y como Mary había dicho «por favor», y lo había dicho en serio, y como eran amigos, Lanmo se detuvo de golpe, cambiando otra vez de forma y escapando de las manos llagadas y cansadas de las Chicas Muy Atractivas. Al momento, la mayor parte de las chicas cayeron al suelo, o bailotearon como si estuvieran mareadas. Una de ellas vomitó. Y, a decir verdad, ya no se las veía ni siquiera Un Poquito Atractivas. Sus rostros perfectamente formados estaban rojos y sudorosos, su cabello cuidadosamente-peinado-esa-mañana estaba enmarañado y lleno de nudos, y sus delgados brazos y piernas estaban torcidos y crispados. Ninguna de las Chicas Muy Atractivas lo mencionó, pero lo sabían, y cuando se miraban unas a otras se querían morir.

Sin embargo, Lanmo no había terminado. Volvió a cambiar y tomó la forma de una cobra dorada. Las cobras, como sabrán, tienen una caperuza ancha que extienden a los lados de la cabeza y el cuello. También les gusta erguirse amenazantes, y quizá soltar un silbido, y algunas hasta pueden escupir veneno si están enojadas. Lanmo estaba extremadamente enojada, como recordarán, por lo que había decidido volverse una espléndida cobra tan alta como un adulto. Durante unos momentos esto significó que nadie de los que estaban en el patio pudo evitar verla con claridad tal como era. Ni siquiera el director, que miró por la ventana de su oficina, pudo obviar el hecho de que había una cobra dorada gigante alzándose en el pavimento sucio del patio. La visión le hizo desear tirarse al piso hasta que todo volviera a la normalidad; así lo hizo, y se escondió debajo del escritorio. Una vez allí, cerró los ojos y se empeñó hasta tal punto en pensar que todo estaba bien que nunca volvió a ser el mismo.

Mientras tanto, en el patio Lanmo no se ocupaba de los niños que ahora corrían en todas direcciones y gritaban y agitaban los brazos de modo muy satisfactorio. Miraba a los ojos de la Chica Muy Atractiva que había sido descortés con Mary. Por culpa de esta mirada, la Chica Muy Atractiva no

podía moverse. Solo podía devolver la mirada.

Y Lanmo lentamente abrió la boca y dejó que todos vieran sus dientes finos como agujas y blancos como el hueso.

—No —dijo Mary—. Por favor, Lanmo —y estiró la mano para impedir que la serpiente hiciera quizá algo malo.

Lanmo estaba tan furiosa que no notó a tiempo el intento de Mary de detenerla, lanzó la cabeza hacia delante, y el más pequeño, el más diminuto de sus dientes rozó el borde de la mano derecha de la niña.

Y Mary cayó.

Mary se despertó en su casa, y en su camita. Se sentía cansada, pero también alerta y con hambre. Estaba oscuro, así que debían de haber pasado varias horas desde que estaba en el patio de la escuela. Cuando miró a su izquierda pudo ver el brillo de los ojos de Lanmo. Ya no tenía la forma de una enorme y aterradora cobra. Quizá estaba un poco más pequeña que de costumbre, y parecía más fina. Reptó suavemente hacia ella y frotó su frente cálida contra la oreja de la niña. Después le dijo, con su mejor voz, y la más amable:

—Lo lamento tanto. Estaba enojada.

—¿Qué pasó? ¿Me desmayé?

—Es lo que decidieron creer los adultos. Les han dicho a todos que las cobras nunca vienen a este país y nunca son doradas o tan altas como un adulto alto cuando se yerguen. Decidieron creer que hoy no sucedió nada especial, ni pudo suceder, y que todos debieron de dormirse y soñar el mismo sueño. La escuela ahora les hará nuevos exámenes a los alumnos sobre quedarse de pie, caerse y dormirse. También habrá Formularios de Evaluación de Sueños para llevar a casa y rellenar allí, de modo que todos los sueños peligrosos puedan quedar registrados y ser monitoreados. Y el director se retiró y se dedicará a la apicultura.

—Sí —dijo Mary—, supongo que es lo que tenía que pasar. Es la clase de cosas que hacen.

Los niños son muy capaces de entender a los adultos, pero rara vez los adultos entienden a los niños, lo que es extraño porque ellos fueron niños y deberían recordar cómo era.

—Tu madre y tu padre estaban preocupados por ti —susurró Lanmo—. Le pidieron prestada la carretilla al portero de la escuela y te trajeron en ella a casa y te acostaron. Acaban de salir de tu cuarto, porque les metí en la cabeza

la idea de que estás mejor y pueden dejarte e irse a dormir.

—¿Estoy mejor?

La serpiente volvió a frotarle la oreja.

—Mi mordida es grave. Lo siento. Te bastó con rozar con la mano mi diente más pequeño para que veintiuno de tus hermosos cabellos perdieran el color. Cuando mires mañana, verás que ahora tienes un mechón blanco, que te nace en la frente —hizo una pausa—. Será un episodio del que podrás hablar cuando seas mayor, y parecerá algo dramático —volvió a callarse—. De verdad que lo siento mucho. Tus cabellos blancos muestran que te he quitado una pequeña parte de tu vida.

Pero Mary era muy joven y estaba llena de vida, así que eso no le preocupó.

—¿Estoy mejor entonces?

—Estás todo lo mejor que puede estar un humano.

—¿Te quedarás conmigo? Me gustas. Solo que quizá no deberías acompañarme otra vez a la escuela. Por si alguien vuelve a ser malo conmigo y eso te hace enojar.

—Ya verás como nadie vuelve a ser malo contigo en la escuela, nunca más. Serán muy amables a partir de ahora —dijo la serpiente, tan jactanciosa como lo era siempre. Pero después susurró, más triste—: Me quedaré hasta la mañana, pero después me iré por un tiempo.

Esto preocupó a Mary mucho más que tener veintiún cabellos blancos.

—¿Por qué?

—Me iré porque me siento culpable, y nunca antes me había sentido culpable. Te hice daño. Tengo que pensarlo hasta que lo entienda.

—Bueno, ¿cuánto tiempo te tomará pensarlo? ¿Y dónde pensarás? ¿Será un lugar lindo, y conseguirás queso allí? —preguntó Mary, porque la serpiente era su amiga.

—Estaré bien. Yo nunca corro peligro —dijo Lanmo, haciendo que cada palabra sonara un poco triste.

—No me lastimaste a propósito. Y a mí en realidad no me molesta —Mary se imaginó su mechón blanco, y lo vio como algo interesante y se imaginó como una mujer excepcional con ropa de exploradora y botas de aventuras, con su dramático cabello ondulando en el viento en lo alto de una montaña que acababa de escalar.

Lanmo suspiró, saboreando los pensamientos de la niña con su lengua inteligente.

—Sí, será interesante ser una exploradora con un mechón blanco en el cabello. Si quieres, puedes decir que el encuentro con una extraordinaria y hermosa serpiente te cambió.

—Oh, no —respondió Mary—. Diré que fue por la mordida de un tiburón.

—Como quieras. Aunque algunos de mis mejores amigos son tiburones. Y ahora duerme, porque debes descansar.

—Pero no quie... —empezó Mary, porque habría preferido hablar toda la noche con Lanmo hasta convencerla de que no se fuera. Pero ya Lanmo la había persuadido a ella, con sus ojos, de que durmiese. Era *extremadamente* persuasiva.

Cuando llegó el alba y Mary se despertó, Lanmo estaba enroscada bajo su mentón, calentita como una pequeña bufanda. La sintió contonearse como si fingiese estar alegre sin lograrlo del todo. Después se deslizó hasta la almohada y la miró:

—Puedes besarme la nariz, si quieres.

Mary lo hizo, con gesto un tanto preocupado, porque parecía un adiós.

—Tendrás que cuidarte sola por un tiempo. Trata de ignorar a los maestros, sin ofenderlos. Y no hables con ninguna otra serpiente. Y evita a los leones. Y a los tiburones. Descubrirás que ahora les caes bien a las niñas, aunque también descubrirás que la mayoría de ellas son aburridas y bastante desagradables. Sus huevos no debían de tener nada escrito en su interior. Te gustará hablar con el chico pelirrojo que se llama Paul. Y cuando comas queso piensa en mí... Y cuando el sol se ponga, yo te desearé dulces sueños, y los tendrás. Así sabrás que estoy pensando en ti y que eres mi amiga y que yo soy tu amiga.

—¿Y cuándo volverás?

—Cuando haya aprendido a no enojarme.

—¿Todavía te sientes culpable?

—Sí.

—¿Por qué te sientes culpable, si yo te perdoné y quiero que te quedes?

—No lo sé, pero creo que así es como funciona la culpa. Volveré tan pronto como pueda.

Y la serpiente hizo brillar todas sus escamas para que se la pudiera recordar especialmente hermosa, y pasó la lengua por la oreja de la niña y suspiró. Después, se había ido.

La serpiente a la que Mary llamaba Lanmo estuvo ausente un mes, y después otro mes, y después mucho más tiempo del que Mary hubiera querido. Llevaba la cuenta de los días en su cuaderno, para poder mostrarse enojada cuando volviera. Después siguió llevando la cuenta para poder mostrarle cuánto la había extrañado y que viera cuánto tiempo había estado lejos de ella.

Mientras tanto, siguió yendo a la escuela y descubrió que los otros alumnos eran amables con ella, en la medida en que podían ser amables. La mayoría eran aburridos. Aprendía las lecciones sin protestar, aun cuando no siempre estuviera de acuerdo con ellas, y a veces salía a caminar con el chico llamado Paul y recogían tapones de botella, o cuerdas, o proponían nombres nuevos para las estrellas, o adivinaban lo que estaba pensando la luna y si se preocupaba cuando su forma disminuía a una fina línea curva o se hinchaba hasta parecer un gran ojo amarillo que miraba sin parpadear.

Hiciera lo que hiciera, nunca se olvidaba de la serpiente, y cuando ponía la cabeza en la almohada le deseaba felicidad a Lanmo y disfrutaba de los sueños maravillosos que ella le enviaba. Nunca mencionó esos sueños en el Formulario de Evaluación de Sueños, por supuesto; inventaba historias sobre cabalgar en ponis y hacer tortas.

Lejos de Mary, la serpiente que la niña llamaba Lanmo viajó a muchas tierras lejanas del mundo, y muchas cercanas también. Navegó en barcos pequeños y se introdujo en minas profundas llenas de oro y carbón y toda clase de sustancias que los seres humanos creen preciosas. Contempló ciudades desiertas desde las terrazas de edificios nuevos en construcción, y las contempló a través de los escombros y el polvo de edificios destruidos. Se sentó con elegancia en restaurantes caros, y durmió bajo almohadas de hospitales. Se deslizó con delicadeza por aquí y por allá en grandes ciudades hechas de tiendas de campaña, y en cabañas de madera y en charcos y tazas y entre mantas plegadas. Se paró en esquinas de calles muy transitadas lo mismo que en cruces silenciosos y viajó recostada en tableros de autos. Estuvo muy ocupada. Lanmo estaba siempre muy ocupada. No recordaba haber estado nunca ociosa, aunque si lo pensaba bien se acordaba de un tiempo en que había muchos menos seres humanos y más árboles. A Lanmo le gustaban los árboles. Eran buenos para trepar. A veces le enviaba a Mary sueños especiales donde las dos recorrían bosques muy muy antiguos y trepaban y se balanceaban en las ramas más altas, desde donde podían ver el amanecer y eran inmensamente felices juntas. Esto la alegraba. Era mucho mejor que limitarse a trepar hasta arriba y después bajar.

Sabía que habría estado mucho más ocupada de no ser por los humanos que la ayudaban en su trabajo. Cuando la noche llegaba rodando por la curva del mundo, en cualquier país que hubiera ido a visitar, Lanmo a veces podía descansar y enroscarse y sacar su lengua inteligente a la brisa para sentir cuántas y cuántas veces los seres humanos de cada tierra oscurecida estaban ocupados haciendo lo que debería haber hecho ella. Trabajaban mucho y le ahorraban la tarea de visitar a este o aquel humano y mostrarles sus dientes de aguja blancos como el hueso y hacerles oír su hermosa voz y mirar dentro de

sus sinceros ojos rojos. Pero esto no hacía que Lanmo amara a los seres humanos. De hecho, la llevaba a pensar mal de ellos, aunque su opinión no hacía diferencia alguna entre los seres humanos y sus propias responsabilidades.

Una noche, Lanmo fue a visitar a una abuela. Lanmo visitaba a muchas abuelas. Esta tenía setenta y siete años, tres meses y catorce días, y se llamaba Dorothy Higginbottom. Cuando la serpiente llegó al pie de la cama de la abuela Higginbottom, la señora estaba recostada contra unos almohadones y pasaba las páginas de una revista que informaba sobre cosas terribles que les sucedían a los extranjeros y cosas divertidas que les sucedían a los gatos. A diferencia de muchas otras abuelas, cuando la abuela Higginbottom alzó la vista de la foto de un gato que llevaba un chaleco tejido y parecía irritado, fue capaz de ver a Lanmo.

—Hola —dijo con voz apagada de abuela, dejando a un lado la revista.

—Hola —dijo Lanmo con su mejor voz de perlas y chocolate—. Vengo a...

—Oh, ya sé —interrumpió la abuela Higginbottom—. Sé muy bien a qué has venido y estoy contenta, pero me gustaría charlar un poco, si no te molesta.

Desde que había dejado a Mary por haber estado demasiado enojada, y después haberse sentido demasiado culpable, Lanmo no había tenido ocasión de conversar con un ser humano sensato, y lo echaba de menos. Así que le alegró mucho subir a la cama deslizándose hasta ubicarse en el cobertor, sobre las piernas de la abuela Higginbottom.

—¿De qué querrías hablar?

—Bueno, supongo que es demasiado tarde para tratar la mayoría de las cosas.

La serpiente asintió y se acomodó sobre el edredón caliente. Esperó. Aunque siempre estaba ocupada, nunca tenía prisa. Así era la naturaleza de la serpiente.

—Pienso —empezó la abuela Higginbottom— que me gustaría contarle a alguien cuánto me disgustan mis nietos. Son mezquinos, y cuando vienen a verme me traen toronjas que no me gustan y regalos que les hicieron a ellos y

que no quieren. Una vez encontré una tarjeta que se habían olvidado de quitar de un regalo, que era una caja de plástico con un cortaúñas y una tijera para los pelitos de la nariz. La tarjeta decía: «Disfrute de este regalo de la revista *Gentleman's Grooming*».

—No es muy gentil —dijo la serpiente. Nadie más que Mary le había hecho a ella un regalo. Mary le había dado comida y besos y conversación y compañía.

—Para nada —dijo la abuela Higginbottom—. Tuve tres hijos, dos mujeres y un varón. Los amé y les mostré las puestas de sol y el interior de las manzanas y les hice oír las voces en las caracolas y caminamos por prados y resbalamos por laderas, pero al varón y a una de las niñas solo les interesaban las monedas brillantes y los chismes y hacer llorar a la otra hermana. Y los niños que ellos tuvieron y criaron son niños terribles. Mi hija cruel y mi hijo cruel vienen a visitarme con su horda de horribles críos todos los domingos. Mientras algunos se quedan aquí conmigo, puedo oír a los demás registrando mi casa en busca de adornos que vender, o joyas, o dinero. Les pregunto: «¿Qué es ese ruido de alguien levantando las tablas del piso?», y me dicen: «No es nada, abuela tonta, es el viento en las vigas». Les pregunto: «¿Qué es ese ruido de dedos ávidos abriendo mis cajones y vaciando mis armarios?», y me dicen: «Son solo las ratas en esta vieja casona, abuela tonta. Deberías dejar que la vendamos, y mudarte tú a un asilo». Y les pregunto: «¿Qué es ese sonido como si estuvieran descolgando mis cuadros y llevándose mis sillas?», y me dicen: «La vejez te está volviendo loca, abuela tonta, deberías dejar que te metamos en un asilo hoy mismo y nos hagamos cargo de tus cosas, así ya no te molestarán más». Ha empezado a cansarme. Lo único agradable que hacen es mandarme un ramo de rosas el primer día de enero. Las rosas son mis favoritas y hacen que mi año nuevo huela bien y se llene de color.

—Eso es agradable —asintió la serpiente, mientras saboreaba la esencia de la abuela Higginbottom, que era amable y estaba perpleja y muy, muy cansada—. ¿Qué sucedió con tu otra hija?

—No lo sé. Creo que la expulsaron. O quizá se la llevaron. Dentro del colchón escondí mi anillo de compromiso y mi anillo de bodas y el anillo que mi esposo me dio cuando cumplimos cuarenta años de casados (eso fue justo antes de que muriera) y también escondí cuatro joyas y dieciséis monedas de oro. Es todo lo que tengo de valor y es para mi hija buena, pero no sé adónde mandárselo. Cuando yo me haya ido, mi horrible otra hija y mi horrible hijo y

sus espantosos hijos vendrán y se lo llevarán todo.

La abuela Higginbottom quedó en silencio y pareció muy triste. Desde que la serpiente había dejado a Mary, entendía mucho más lo que era estar triste.

Volvió a probar el aire con su lengua rápida y sabia:

—Tu hija está en la tierra que se halla cuatro tierras a la izquierda y dos tierras más arriba.

—¿Y está a salvo?

La lengua de la serpiente volvió a salir, más rápida que lo rápido. Pensó por un momento.

—Está a salvo y vive bien y contenta. Hay una sola parte de ella que está triste, y es la parte que te recuerda a ti. Tus otros hijos le dijeron que te harían daño si no se iba, y que no tratase de escribirte jamás ni de ponerse en contacto contigo. Pero el primer día de enero de cada año te manda rosas para que tu nuevo año huela bien y se llene de color.

—Ah —los ojos de la abuela Higginbottom se hicieron de un azul más oscuro y derramó lágrimas que a Lanmo le supieron a la luna y otras tierras baldías. Después sonrió—. Eso lo explica todo —dijo. Dio una palmada en el edredón cerca de la cabeza de Lanmo—. ¿Es hora de empezar?

—Bueno..., por lo general..., sí —pero Lanmo se quedó en silencio y pensó; la vieja señora había vivido tanto que podía saber muchas cosas. Así que le preguntó—: Últimamente he estado muy enojada. También me he sentido culpable por primera vez. Eso me molesta. He recorrido la tierra, y la ira y la culpa no me abandonan. Me han seguido tan de cerca como mi sombra.

—Mmmm... —la abuela Higginbottom le rascó detrás de la oreja, cosa que normalmente la serpiente no habría permitido, pero esta vez pareció agradaarle—. Eso quiere decir que amas a alguien. Qué extraño. No creí que pudieras.

—¿Amar?

—Para estar muy enojada es preciso haber amado mucho, o haber tenido mucho miedo. Y no creo que tú tengas miedo de nada o de nadie...

—Es cierto —asintió Lanmo—. Al menos, creo que es cierto.

Al oír un matiz de duda en la voz de Lanmo, la abuela Higginbottom agregó:

—Salvo que quizá hayas tenido miedo por eso que amas... ¿Hay algo que amas, serpiente?

—No.

—Ah. Entonces hay *alguien* a quien amas.

Ante esto, Lanmo descubrió que no podía decir nada con su voz

maravillosa. Simplemente se apoyó en la mano de la vieja señora y dejó que ella le acariciara las escamas doradas de un modo que le gustaba y le recordaba a su amiga Mary. La abuela Higginbottom le dijo en voz baja:

—El amor es algo terrible.

—Eso parece —susurró Lanmo.

—Pero también es maravilloso.

—Quizá —se acercó un poco más a la abuela Higginbottom—. Quizá lo sea —después la miró a los ojos muy seria—. Te prometo que me llevaré tus tres anillos y tus cuatro joyas y tus dieciséis monedas de oro antes de que nadie pueda encontrarlos. Los llevaré a la casa de tu hija. Ella reconocerá tus anillos y sabrá que tú se los enviaste.

—¿Y la verás? —la abuela Higginbottom sonaba preocupada.

—No. No veré a tu hija hasta dentro de mucho tiempo —dijo Lanmo—. Pero juro que le daré tus tesoros.

—No habría creído que fueras la clase de serpiente que hace promesas.

—No lo soy —la serpiente casi llegó a sonreír—. Pero tal vez esté cambiando —explicó—. No estoy segura.

La vieja señora sonrió y apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Después dejó que Lanmo, que se había hecho muy pequeña, se acomodara bajo su mentón.

—Buenas noches, serpiente, y gracias.

—No es necesario que me las des —susurró la serpiente.

—¿Esto será rápido?

—Será rápido y será para siempre —dijo la serpiente—. Buenas noches, abuela Higginbottom.

Y cuando hubo terminado tomó los tesoros de la vieja señora y los puso sobre su lomo, que hizo ancho y firme, como un plato de oro, y corrió sobre las tierras que la separaban de la casa de la hija perdida. Cuando llegó al umbral saboreó el aire por última vez y se aseguró de que la hija tenía un corazón tan bueno y hondo como su madre lo había tenido hasta que se detuvo. Y entonces Lanmo se coló, tan rápida que nadie habría podido verla, bajo las puertas y tras los muebles y dejó los tres anillos, las cuatro joyas y las dieciséis monedas de oro en la mesa de la cocina.

A la mañana siguiente, cuando la hija perdida de la abuela Higginbottom bajó a la cocina, encontró a sus hijas mellizas jugando con brillantes monedas de oro y joyas y con tres anillos que reconoció como de su madre.

La hija se sentó y lloró, aunque sus hijas no sabían por qué, y después las abrazó muy fuerte. Y cuando bajó su marido a desayunar lo abrazó a él también y pronunció una palabra fuerte y roja e imponente de una lengua que ninguno de ellos hablaba, y sin embargo entendieron. Se tomaron de las manos, y la serpiente sintió con la lengua que estaban tristes y también que estaban cubiertos de amor.

Los miró desde la sombra entre las ollas y sartenes, hasta que se fue, y estuvo ocupada en muchos países diferentes cuyas fronteras habían marcado los seres humanos sobre la tierra para mantenerse divididos.

Mientras Lanmo cumplía con sus obligaciones entre los pueblos del mundo, Mary cumplía con sus obligaciones de niña pequeña. Creció, se hizo más alta y sus brazos y piernas a veces eran de lo más torpes y a veces de lo más gráciles: no sabía cuándo serían una cosa o la otra, lo que le resultaba bastante tedioso. También cumplía sus deberes como escolar y aprendía los Límites Nacionales de la Felicidad y los Porcentajes de Ocio y los nombres de prominentes generales, vivos y muertos, y el movimiento de las tropas durante diversas campañas famosas. Aprendió sola a escribir bien algunas palabras maravillosamente largas e interesantes, como *fotolitografía*, y otras sabrosas como *peristalsis* y *reticulatus*. Y también aprendió sola a saltar a la soga en el lugar (podía llegar a cerca de trescientos cincuenta saltos), y a hacer tostadas. Había aprendido todas las sonrisas de su madre y todos los abrazos de su padre, y viceversa. Era bastante feliz. Cuando tenía un rato libre, jugaba en el jardincito y soñaba con explorar. Cuando hacía frío, se imaginaba de pie en la caja de un trineo tirado por perros huskies, cruzando campos de nieve y pasando frente a osos polares y pingüinos que admiraban su abrigo de piel de caribú y su gesto decidido. Cuando hacía calor, se imaginaba caminando por montañas desiertas del color de las galletas, con botas pesadas y charlando con los lagartos, o metiéndose por los agujeros de la jungla.

—Nunca debes meterte por los agujeros en las junglas.

Mary alzó la vista y allí estaba la forma clara de Lanmo alrededor de su muñeca, mirándola, quizá un tanto nerviosa. La serpiente inclinó la cabeza como si quisiera acariciarle la palma de la mano, pero no supo si a ella le gustaría.

—Estás más larga de lo que recordaba. Y te ha crecido el pelo. Eres muy cambiante.

Mary estaba encantada de ver a su amiga, pero también enojada porque

habían pasado más de dos años desde la última aparición de la serpiente, y sentía que era desconsiderado de su parte abandonarla por tanto tiempo.

—Y tú te demoraste mucho. No has venido a visitarme en ochocientos doce días, tres horas y varios minutos. Tengo escritos los días en mi cuaderno, por si quieres comprobarlo.

—Lo siento —dijo Lanmo, que realmente parecía sentirlo—. Perdí la noción del tiempo.

—No es una excusa —dijo Mary.

—Y tuve mucho que hacer.

La serpiente tartamudeaba porque estaba avergonzada, pero de todos modos Mary disfrutaba al oír su hermosa voz, y estaba feliz de que hubiera vuelto. Aun así, decidió parecer molesta un poco más, para enseñarle la lección:

—Hablas como un adulto. Siempre están ocupados en lugar de hacer las cosas que son importantes.

—Prométeme con todo tu corazón y prestando la mayor de las atenciones que nunca te meterás por los agujeros de la jungla. Dentro puede haber arañas venenosas, o espinas, o serpientes descorteses y terriblemente feas. Y deberás tener cuidado en los desiertos porque en la arena también hay arañas y horribles serpientes agresivas y escorpiones y pumas. Debes tener cuidado en todas partes. De hecho, quizá deberías quedarte en tu ciudad.

Mary levantó la mano de modo que la serpiente quedara al nivel de su cara y le sonrió a su amiga y la besó en la cabeza con gran solemnidad.

—Bienvenida de vuelta, Lanmo. Te ofrecería queso, pero no tenemos. Ha habido problemas con la línea de tren que va al campo donde tienen las vacas y la leche.

Dicho esto, empezó a dar vueltas y más vueltas sobre sí misma porque estaba llena de felicidad, y se reía de un modo en que Lanmo estaba segura de que ningún otro ser humano podía reírse. La serpiente agitó las escamas para que hicieran un ruido plateado, como alguien que con dedos finos tocara un arpa de cristal en un lugar lejano y tranquilo. Estaba tan feliz como su amiga.

Pero mientras giraba con Mary, notó que la ciudad parecía más triste de lo que la recordaba. Había palabras de ira pintadas en las paredes y en algunos tramos el pavimento estaba roto y no muy limpio. Había menos cometas volando, y se decía que las que volaban habían quedado olvidadas y solas en las terrazas y balcones, sin nadie que se ocupara de ellas. Probó el aire y ya no sabía a risa. En la dirección de las torres brillantes había más edificios

altos con más bordes filosos cortando el cielo. Las torres nuevas sabían a espacios vacíos.

Y en el jardincito, los padres de Mary habían plantado guisantes y repollos alrededor de las rosas. También habían agregado tiestos con hierbas y tomates y un cubo profundo que intentaba alojar patatas. Las plantas parecían bastante enojadas, como si no quisieran dar patatas este año, o tal vez nunca.

—Oh, pero déjame mostrarte algo —dijo Mary y, corrió al interior llevando a la serpiente en la palma de la mano como a una pequeña emperatriz sin brazos ni piernas—. Ahí —anunció deteniéndose. (Nunca se podía correr mucho dentro del departamento de Mary.)

En el rincón de la diminuta cocina, jugando con un diminuto ovillo de lana, había un gatito que los padres de Mary le habían permitido quedarse. La amable dueña de la panadería tenía una gata que había dado a luz cuatro gatitos: uno blanco y anaranjado y marrón, uno blanco y gris y marrón, uno rojizo y blanco y uno todo negro. El que era todo negro tenía los ojos más inteligentes, y fue el que eligió Mary.

La señora de la panadería necesitaba gatos para evitar que los ratones y las ratas le comieran la harina. Había muchas ratas ahora, pero ella no podía permitirse alimentar a más de dos gatos para combatirlos, así que había regalado los cachorros restantes. Tampoco podía permitirse seguir regalando el pan.

La serpiente estudió al gato durante un momento.

—Maravilloso —dijo, tras lo cual, antes de que Mary pudiera decir nada, se había deslizado de su mano al piso, abriendo la boca más y más conforme avanzaba. Y comenzó a tragarse al gato, empezando por la cabeza y las patas delanteras.

—¡No! —gritó Mary.

Al oírla, la serpiente torció el gesto y se detuvo. Las patas traseras del gato se agitaban asomando de la boca de Lanmo, y Mary podía oír un «¿*miouou?*» de perplejidad saliendo del interior de la serpiente, como si el gatito estuviera tratando de preguntar qué pasaba, porque nunca antes nadie había intentado tragárselo.

—¿*Gnnnnf?* —preguntó a su vez la serpiente.

—No, no, no —dijo Mary—. Es Sombra y es mi gato y no debes comértelo, ni siquiera un pedazo de él.

—¿*Gmmmngn?*

—No debes comerte mi gato.

La serpiente suspiró, en la medida en que puede suspirar una serpiente con la boca llena de gato.

—*Gngngn-agh-agh-kkkahhh* —fue diciendo según escupía poco a poco el gato. Sacudió la cabeza hasta que el gato saltó fuera de su boca y terminó sentado, mojado y con aire sorprendido, en el piso de la cocina. Parpadeó y después estornudó y empezó a lamerse el pelo para ponerlo en orden.

Lanmo se dirigió a la niña con su voz más formal y avergonzada, erguida de modo que recordaba vagamente a una respetable dama bajita hecha de oro y a la que le faltaran algunas partes.

—Lo siento, Mary. Ha habido un malentendido. He pensado que como no tenías queso me estabas dando este delicioso..., quiero decir, este encantador gatito para..., eh... —la última palabra la pronunció en un susurro—: comer.

—Os estaba presentando.

—Mary, nunca debes presentarle gatos a las serpientes.

—Pero tú no eres una serpiente. Eres mi amiga.

Lanmo se apartó cuidadosamente del gato, que ahora estaba acostado boca arriba jugando con sus propias patas, como si no hubiera estado a punto de ser devorado momentos antes.

—Soy tu amiga —se aclaró la garganta—. Pero también soy una serpiente. Y una serpiente es una serpiente es una serpiente —sacó la lengua para sentir si había sido perdonada, y saltó como metal fundido y reapareció en la mano de Mary y se estiró para hacerle cosquillas en las cejas con la lengua—. Creo que me entristeció no verte.

—Bueno, yo estoy segura de que a mí me entristeció no verte a ti.

Mary le explicó que tenía una cita y que ojalá la serpiente le hubiese dicho que iba a venir, pero era sábado, y el sábado era día de citas.

—¿Puedo ir contigo?

—No creo —le dijo Mary, y fue a su cuartito y volvió oliendo a lirios y con un vestido de lo más estupendo que le había comprado a una vecina y ella misma había arreglado, porque sabía coser muy bien, aunque aprenderlo había sido aburrido.

La serpiente no quería ser entrometida, así que no probó el aire alrededor de la niña, sino que la dejó ir. Después fingió ser un hilo toda la tarde para que el gatito jugara con ella. Al principio le resultó un tanto humillante, pero a la larga empezó a gustarle sacudir la punta de la cola y después saltar cuando el

gato arremetía, o hacerle cosquillas en la panza y oírlo ronronear, o caer sobre él, como sobre un colchón suave. Una vez que el gatito se cansó (y lleva mucho rato cansar a un gatito), la serpiente se enroscó como una cesta y el gatito durmió en el interior de sus escamas cálidas con una pata suave apoyada en el borde. Cuando los padres de Mary volvieron a la casa tras pasar el día en un mercado, vendiendo unos pocos adornos y cuadros que no necesitaban, vieron al gato dormido y supusieron que descansaba sobre una manta o en una cesta, porque nunca se ha sabido de un gato que duerma en brazos de una serpiente. (Por supuesto que las serpientes no tienen brazos, pero pueden abrazar a gente y animales si quieren hacerlo.)

Cuando Mary volvió parecía especialmente contenta, y cantaba en voz baja una cancioncilla.

*Eres la noche con sol  
Eres el mar sin orilla  
Eres el ave que canta  
Eres el león sin garras  
Y sé mi honor y sé mío  
Y sé mi gloria y sé mío  
Y sé mi vida y sé mío  
Mi amigo, mi amor, sé mío.*

Durante la cena, la serpiente esperó con paciencia bajo la servilleta de Mary mientras ella y sus padres comían el pan hecho de una harina lastimosa engordada con granos de arena y tomaban la sopa de hojas de repollo del jardín y agua y un puñado de arroz.

Después la pequeña familia se sentó unida en el sofá, que era casi todo el mobiliario que había, abrazados y tapados con una gran manta contra el frío. Mary estaba apretada entre los padres, y Lanmo se apretaba contra ella, su cabeza inteligente y sus ojos observadores espiando por el borde de la manta. Le gustaba estar así abrigada y sintiendo lo que era un hogar humano. Pero no pudo dejar de notar que la alfombra colorida que antes cubría las viejas tablas del piso había desaparecido, lo mismo que el jarrón que estaba en la mesa con su gran boca abierta, pidiendo flores. Y la mesa tampoco estaba.

El padre de Mary leyó para todos a la luz amarillenta de una bombilla cansada. Eligió una historia que les gustaba y conocían casi de memoria, sobre

el afortunado hijo de un leñador que una vez le dio un vaso de agua a una viejecita muerta de sed que pasaba frente a su jardín. La viejecita parecía pobre y hambrienta y quizá un tanto rara, pero resultó que era un ser mágico que le concedió deseos al hijo del leñador y le hizo tener aventuras y le presentó a caballeros con armaduras y a brujos. El hijo del leñador terminó encontrando esto un tanto alarmante y no siempre le hacía ilusión despertarse en una montaña de cristal con una misión que cumplir, o que lo enviaran en busca de algo imposible, pero era cortés y seguía adelante de todos modos. Al final, mientras viajaba de una extraña isla a otra en un barco parlante, conoció a una cortadora de piedras muy amable y amorosa con la que acabó casándose, así que en términos generales se alegró de haberle dado de beber a la viejecita cuando lo necesitaba.

El padre de Mary leyó el pasaje en el que la mujer de la isla dejaba su cincel y confesaba su amor eterno. La madre tocó con el codo una o dos veces a Mary, y la serpiente comprendió que los padres de Mary trataban de sugerir que la niña podía haber encontrado a alguien que le gustara tanto como a una cortadora de piedras podía gustarle un cortador de madera. Mary no replicó nada, pero soltó unas risitas y pellizcó la cola de la serpiente un tanto demasiado fuerte cuando llegó la frase sobre el primer beso.

Cuando la electricidad se cortó a las nueve en punto, debido al racionamiento, todos se dieron las buenas noches y se besaron y se desearon dulces sueños y se prepararon para dormir. La madre usó primero el baño, después el padre y después Mary.

Una vez que ella hubo apagado su luz y se hubo metido en la cama, Lanmo se acomodó en la almohada en una rosca satisfecha, como llevaba tanto tiempo deseando hacer, con los ojos brillando suavemente. Le preguntó:

—Mary, ¿puedes hablarme sobre el amor?

—No sé a qué te refieres —dijo Mary ruborizándose, cosa que la serpiente pudo sentir en la oscuridad. Quizá esa fuera la única mentira que le dijo nunca a la serpiente, aunque probablemente podamos perdonarla, porque muy pocos seres humanos saben todo lo que hay que saber sobre el amor, y tal vez ella no quería decir algo erróneo y confundir a su amiga.

—Mary, durante muchos muchos siglos he viajado por todas las tierras del mundo y he conocido a muchos muchos humanos. En una época hacía mi trabajo sin molestarme en saber nada de ellos, o en entenderlos. Eso en parte se debía a que parecían criaturas muy complicadas y raras, y en parte a que no

duraban mucho. Desde que te conocí he empezado a prestarles más atención y he podido reconocer el sabor del amor en muchos de ellos. Algunos aman lugares y algunos aman cosas y algunos se aman a sí mismos y algunos aman a otros. Tú sabes al amor de otros.

—Bueno, te amo a ti. Eres mi amiga. Y estás aquí.

La serpiente probó el aire y soltó una tos que indicaba que se estaba impacientando un poco y que habría preferido que Mary le dijera la verdad.

—Tiene un lindo sabor —dijo—. Sabe a ratón fresco y al vapor de planchar ropa limpia y a luz de sol —la miró sin parpadear con sus inteligentes ojos rojos—. Pero también sabe al amor que se siente por una persona en particular, a la que tendrías muchísimas ganas de besar. Ese sabor tiene matices de madre selva y pimienta.

—Oh... —Mary se abrazó a sí misma y sonrió de un modo que iluminó el cuarto—. Ese chico con el que dijiste que debería hablar, que se llama Paul... A él y a mí nos gustan los murciélagos y los gatos y nos gusta volar y navegar y escuchamos juntos las estrellas cuando estamos en la orilla del río donde el pasto es mullido y...

—¿Sí? —dijo la serpiente, sintiéndose un tanto celosa.

—Es una persona maravillosa. No maravillosa porque sea mágica como tú, sino maravillosa porque es Paul.

—¿Yo no soy maravillosa por ser Lanmo?

—Por supuesto que lo eres —dijo Mary, y a continuación se lanzó en una larga descripción del cabello de Paul y cómo caminaba y las cosas inteligentes y graciosas que decía, y aunque Lanmo trató de alegrarse por ella porque la encontraba llena de felicidad, también se aburrió bastante. Al final, se quedó dormida.

Lanmo se despertó casi al alba. De hecho, la había despertado la voz de Mary apagándose por fin hasta el silencio. Esto no se debía a que se hubieran agotado las cosas buenas que decir sobre Paul, sino tan solo a que había acabado demasiado exhausta como para estar tan ardientemente enamorada, y su cuerpo había insistido en que se durmiera y soñase con explorar fascinantes cavernas llenas de joyas y vetas de plata y oro y estalactitas colgando de techos abovedados y estalagmitas asomando del suelo. Paul no la acompañaba en el sueño, y esto hizo que Mary empezara a comprender que amarle a él quizá significase que después de todo no sería una famosa aventurera. Salvo que a él también le gustaran las aventuras. Nunca le había mencionado a Paul sus planes de ser una exploradora. Esto se debía a que esos planes eran muy importantes para ella, y no quería que Paul se burlara de ellos, o arrugara la nariz del modo en que arrugaba la nariz cuando hablaban de gente tonta a la que le gustaba quedarse echada en alfombras o sofás cuando podían tenderse en la hierba suave y sentir el cosquilleo y oler su aroma.

Mientras Mary soñaba, la serpiente se trasladó, rápida como el amor, a la casa de un Gran Hombre que Amaba al Pueblo. La casa estaba encaramada al borde de un acantilado, con ventanales que daban al mar y tenían unas vistas perfectas de las tormentas y los crepúsculos y el paso de ballenas y delfines. El Gran Hombre que Amaba al Pueblo a veces abría las ventanas y salía al balcón y se quedaba con la nariz apuntando a la brisa, vestido con el traje sencillo que mostraba que era humilde y con sus zapatos del montón que mostraban que era de fiar, y su corbata de dibujo moderado que mostraba que era sensible y artístico, pero no demasiado. Sentía que era justo permitir que el mar contemplara a un hombre tan maravilloso como él, y se alegrara de verlo. Y de vez en cuando declamaba sobre las olas para ver si las frases sonaban lo bastante espléndidas e inspiradoras. Todo esto lo hacía en

beneficio de la gente, por supuesto, porque él siempre era muy humilde y pensaba en el pueblo.

Esta madrugada, el Gran Hombre que Amaba al Pueblo no había podido dormir. El día anterior había recibido un informe de uno de sus generales diciéndole que la guerra que estaba llevando a cabo en beneficio del pueblo había matado al ochenta por ciento de los enemigos del pueblo. Quedaba una sola ciudad enemiga en pie, la Ciudad de Thoth. Estaba llena de mujeres y niños y ancianos. El general le había escrito para decirle que la Ciudad de Thoth se había rendido y que la guerra terminaría pronto, lo que estaba bien porque el setenta y cinco por ciento de la gente del Gran Hombre que Amaba al Pueblo había muerto ya. Todos querían un descanso. El Gran Hombre que Amaba al Pueblo había estado toda la noche pensando qué sería lo más piadoso y prudente hacer bajo estas circunstancias, porque tenía un corazón tierno y refinado y era amable con los ancianos y siempre besaba a las mujeres y los niños de modo respetuoso y popular como expresión de su amor por el pueblo. Después de pensarlo mucho, había llamado a un oficial mensajero y le había dado una carta para el general.

La carta decía:

Querido General y Comandante en Jefe de Nuestras Magníficas Fuerzas Armadas:

Como tu humilde y amante líder, te agradezco los valientes servicios realizados en beneficio del pueblo. Te agradezco también las noticias de la guerra. Me dices que han quedado ancianos vivos en la enemiga Ciudad de Thoth. Los ancianos, como sabrás, recuerdan mucho y albergan gran sabiduría. Si la memoria y la sabiduría de nuestros enemigos sobrevive, podrían volver a levantarse y derrotarnos. En consecuencia, los ancianos deben morir. Las mujeres de nuestros enemigos también siguen vivas allí. Podrían dar a luz a una nueva generación de enemigos y podrían alentar resentimientos femeninos sobre nuestro tratamiento hacia su pueblo. En consecuencia, las mujeres deben morir. Los niños que quedaron vivos en la ciudad pueden crecer y ser enemigos más vengativos que los que ya tuvimos, y pueden engendrar más niños y con el tiempo llenar el mundo de enemigos mortales. En consecuencia, los niños deben morir. Un veinticinco por ciento de mi amado pueblo aún continúa vivo. No se han sacrificado noblemente en mi defensa de su modo de vida. Todavía no borraron de la

faz de la tierra la peligrosa y amenazante Ciudad de Thoth. Esto significa que deben de ser traidores. En consecuencia, el resto de mi pueblo debe morir. Una vez que tus hombres hayan llevado a cabo estas medidas necesarias para la defensa de mi pueblo, debes explicarles que, puesto que no habían matado ya a los traidores ocultos en nuestro glorioso país (y a los malvados ciudadanos de la Ciudad de Thoth), ellos también son traidores. En consecuencia, deben matarse unos a otros. Tú, mi leal y valiente comandante, me has pedido terminar la Gran Guerra en Beneficio del Pueblo. Esto significa que no eres fiel a los maravillosos objetivos de nuestra Gran Guerra en Beneficio del Pueblo. Eres un traidor. En consecuencia, una vez que te hayas asegurado de que todos los demás estén muertos, debes matarte.

Envío este mensaje con todo mi amor fraternal y compañerismo, mi muy querido General.

El Gran Hombre que Amaba al Pueblo leyó en voz alta este mensaje varias veces para asegurarse de que estuviera lleno de amor y justicia. Después colocó la carta en las manos trémulas del mensajero, que se había puesto pálido.

Quizá para demorar su partida hacia lo que sería una muerte segura, el mensajero preguntó:

—¿Por qué, oh Glorioso Líder, hay una serpiente dorada enroscada en la baranda de su balcón?

El Gran Hombre que Amaba al Pueblo se rio de la pregunta, pero de todos modos se volvió a mirar hacia la baranda y, para su sorpresa, notó que había una hermosa serpiente que nunca antes había visto descansando ahí. La serpiente estaba moviendo la punta de su cola y lo miraba con sus hondos ojos rojos. Esos ojos perturbaron al Gran Hombre que Amaba al Pueblo. (En adelante lo llamaremos el GHqAaP, porque el nombre es demasiado largo y ya pronto no le será necesario.) Le recordaban el fuego de la primera ciudad que había quemado, muchos años atrás.

—Buen día —dijo la serpiente.

Esto hizo que el GHqAaP soltase la carta y no notara que el mensajero se alejaba corriendo. El mensajero continuó corriendo por el salón de baile y bajó las escaleras y cruzó el patio con sus lujosos y extravagantes jardines y siguió y siguió a través de campos de batalla y ciudades en ruinas y huertos

quemados, hasta que al fin estuvo de vuelta en la aldea de su familia. Dos de sus primos y su madre estaban vivos todavía, y se quedó con ellos y nunca jamás habló de la época en que había servido al GHqAaP.

Mientras todo esto empezaba a suceder, el GHqAaP se había quedado inmóvil, tragando saliva.

—A lo largo de los años me has ahorrado mucho trabajo —dijo la serpiente con su voz más encantadora—. Te has empeñado en hacer mi parte —sus palabras caían delicadamente como sedas—. Creo que no me gustas —sacó la lengua y probó el sabor del desconcierto del GHqAaP—. En el pasado normalmente no tenía opinión personal sobre la gente que encontraba cuando hacía lo que tenía que hacer. Pero últimamente he aprendido a interesarme más en las vidas de los humanos y... —se quedó en silencio un momento y frunció el ceño, aunque era difícil ver esto último porque no tenía cejas, y en realidad tampoco tenía frente—. De veras no me gustas. Me alegro mucho de que nos hayamos conocido.

—Pero yo soy el Gran Hombre que Ama al Pueblo —tartamudeó el GHqAaP.

—No —la serpiente parpadeó y dejó que su mirada se hundiera y excavara y espicara en el alma y el corazón y el pensamiento del GHqAaP—. No, tú eres simplemente Nigel Simon Beech. Y haré esto con gusto.

Abrió la boca y dejó que sus dientes brillaran a la luz del amanecer, blancos como el hueso, apenas por un instante.

Cuando Mary despertó, Lanmo estaba de vuelta en la almohada, mirándola de lo más satisfecha. No había señal alguna en ninguna de las pequeñas escamas de la serpiente de que hubiera viajado miles de kilómetros desde la última vez que se habían visto.

—Hola, Mary. ¿Vamos a la escuela?

—No, tonta, hoy es domingo. Así que primero iré a la tienda de la esquina y barreré y ayudaré a ordenar los estantes, que es mi trabajo. Después del almuerzo podemos caminar por la Gran Avenida y comer helado. Me permiten comer un helado pagado de mi bolsillo. Mis padres necesitan el resto del dinero porque las cosas se han complicado en muchos aspectos. Y a veces traigo a casa latas abolladas o paquetes rotos.

—No creo que me interese mucho barrer y ordenar —dijo la serpiente—. Me quedaré aquí con tu madre y tu padre hasta que hayas terminado.

—Barrer es un poco aburrido —asintió Mary—. Y desde que hay racionamiento no hay mucho que ordenar. Sobre todo me dedico a cambiar las latas de sitio. Necesitamos el dinero que gano, pero me temo que en unas pocas semanas el señor Paphos me dirá que ya no puede pagarme más.

Mary parecía tan triste al decir esto que Lanmo notó que un escalofrío le recorría la columna. Aunque esto le enseñó algo más sobre el amor, también la entristeció y sintió que la cabeza le dolía y los ojos le picaban. Para alegrar a Mary hizo vibrar sus escamas de modo que sonaran como plumas de oro de pájaros hermosos con corazones buenos, y bailó sobre la frazada tan rápido que era solo un resplandor y un centelleo de calor y asombro.

Con esto logró que Mary olvidara sus problemas. En general ella trataba de no desanimarse, y habitualmente era una persona feliz. Y, por supuesto, como la serpiente sabía gracias a su lengua, estaba enamorada de Paul, y esto iluminaba y entibiaba un espacio en ella de un modo que mantenía a raya todo

salvo los más oscuros pensamientos.

Así que, después del desayuno de gachas mezcladas con agua y algo de té sin leche, Mary fue a la tienda del señor Paphos. Lanmo se quedó en el estrecho living, descansando sobre una moldura de la pared y fingiendo que era un cable espectacularmente bello. La madre y el padre de Mary recogieron las cosas del desayuno y después se sentaron en silencio en su sofá. No notaron la presencia de la serpiente, en parte porque eran adultos y en parte porque los dos miraban sin parpadear al frente, a algo que creían poder ver en el futuro, algo que no les gustaba. Al cabo de un rato el padre de Mary tomó la mano de su esposa, y ella inclinó la cabeza sobre el hombro de él.

—Todo saldrá bien —dijo la madre.

—Al final sí. Quizá —dijo el padre.

Ninguno de los dos parecía creer en lo que decía.

La serpiente habría querido erguirse tan alto como pudiera para inspirar respeto, y anunciar: «¡Deben ir de inmediato a la Tierra de Perditi, donde sé que estarán a salvo el resto de sus vidas! ¡Deben escucharme e ir hoy, o quizá mañana a la mañana, y deben llevar solo lo que puedan cargar durante mucho mucho tiempo sin cansarse! Esta ciudad ahora es demasiado triste. Las cometas apenas vuelan. ¿No ven que todo ha cambiado? ¡Deben dejar atrás todo lo que tenían antes de que los tiempos tristes se lo arrebataran! ¡Los tiempos tristes les harán daño! Deben estar a salvo y deben seguir vivos porque Mary los ama y yo..., yo también..., tengo en mi corazón esta cosa que es el amor por Mary».

Pero sabía que los padres de Mary no podrían oírla, ni siquiera verla. No querrían que estuviera ahí, y no querrían comprender lo que les dijera. Por lo general los seres humanos no quieren dejar lo que tienen en un lugar, o ir a otro, hasta que es demasiado tarde para mantenerse a salvo.

Así que Lanmo se limitó a guiñarle un ojo al gato, que estaba en el regazo de la madre de Mary, tratando de darle calor y comodidad. El gato saltó (*pompompompom*) sobre sus suaves piecitos rosados y siguió el tentador meneo de la cola de Lanmo. Y jugaron en el jardincito hasta que ninguno de los dos pensaba en nada salvo en divertirse. A veces, cuando no hay otra cosa que hacer, o no puede hacerse nada, lo mejor es pasarla bien con amigos y dejar que esto fortalezca el espíritu.

Cuando Mary volvió del trabajo estaba cubierta de polvo y cansada, pero traía un paquete de espaguetis rotos, lo que hizo felices a casi todos. (A Lanmo

no le gustaban los espaguetis porque le daba la impresión de que los seres humanos estaban comiendo pequeñas serpientes.) El padre abrazó a Mary y a la madre, y la madre abrazó a Mary y al padre, y Lanmo en secreto se había enroscado en la garganta de Mary como un collar para poder compartir tantos abrazos y tantas sonrisas por un poco de pasta rota. Encontraba asombroso que los seres humanos pudieran seguir adelante bajo casi cualquier circunstancia, y que pudieran hacerlo con alegría y coraje. Era una lástima que tantos de ellos fueran tan estúpidos.

El gato también tuvo abrazos y besos en la nariz y un puñado de comida para gatos de la tienda del señor Paphos. (Cada vez menos gente mantenía animales, por lo que el dueño de la tienda podía regalar comida de mascotas sin preocuparse por tener menos que vender: casi nadie la compraba.)

Los humanos disfrutaron de un almuerzo de pasta hervida con un poco de salvia y unos tomates del jardín. Todos coincidieron en que era un banquete. Después Mary se puso su mejor vestido (que le habían permitido hacer arreglando uno de los mejores vestidos de la madre) y salió muy contenta rumbo a la Gran Avenida con Lanmo posada en el hombro como un canario dorado muy largo y delgado.

La Gran Avenida no era tan grande como lo había sido unos pocos años atrás. Muchos de los altos y anchos escaparates de las tiendas estaban vacíos y cubiertos con tableros, y el mercado en la esquina de la calle Valdemar estaba desierto. A Mary le encantaba cuando estaba lleno de especias apiladas en arcoíris aromáticos, y de frutas coloridas y verduras expuestas en orden. Los vendedores de sedas casi habían desaparecido y los trabajadores del cuero ofrecían apenas unas pocas sandalias y unos sacos agusanados y desteñidos. Pero el carro de helados seguía allí y el señor Chanson seguía vendiendo conos y vasos y delicias heladas, aunque nadie quería preguntarle cómo conseguía la crema. Sus helados seguían siendo apetecibles: fresa, tarta de arándanos, chocolate con arándanos rojos, chocolate solo, limón, grosella con flor de saúco y mora.

Mary se puso en la cola de gente decidida a darse un pequeño capricho y actuar como si los domingos fueran tan buenos como siempre. Lanmo nunca había probado helados antes, y la intrigaban.

—Mary, ¿qué sabor te parece que debería elegir?

Mary no respondió de inmediato, por lo que ella se le deslizó por el hombro, acercándose al oído, y le preguntó:

—¿Hay algún problema?

—Es solo que... —susurró Mary— únicamente puedo comprar un helado. Mis padres necesitan el resto del dinero. No sería justo comprar dos.

—Mmmm —dijo Lanmo, y sonrió, en la medida en que podía hacerlo—. Pero yo puedo hacer que el humano que vende helados crea que le pagamos. Puedo hacer que crea que le compramos toda la provisión de cada sabor — soltó una risa aterciopelada tan cálida que casi podría haber derretido el helado.

—No, no, Lanmo, eso sería horrible. El señor Chanson necesita el dinero para comprar su leche misteriosa y hacernos más helado. No podemos robarle, es un buen hombre. A todos les da rociado con chocolate, o salsa, o cucharaditas extra de helado gratis.

Lanmo se encogió ligeramente, apoyada contra el cuello de Mary.

—No entiendo a los humanos. Algunos de ustedes roban todo todo el tiempo y algunos no roban nada nunca. ¿No podrían todos robar algo alguna vez... si lo necesitan?

—No creo.

—Pero tú tienes hambre y otros tienen más comida de la que pueden comer.

—Sí, pero así funciona el mundo.

Lanmo lo pensó, y decidió que era una respuesta insatisfactoria:

—Es una respuesta insatisfactoria —dijo.

—Lo sé —dijo Mary—. Pero es la única respuesta que mis padres y mis maestros me han dado sobre los problemas de quién tiene comida y quién no.

Para entonces nuestras amigas ya habían llegado al comienzo de la cola, y la serpiente dejó que Mary eligiera un cono de su sabor favorito, porque ella nunca había probado ninguno de los sabores que se ofrecían y no habría sabido cuál elegir.

—¿Cómo se atrapan los limones? —preguntó.

—Los limones cuelgan de los árboles y están muy quietos, así que se los puede tomar muy fácil. Y con todos los frutos es igual.

—Es muy tonto de su parte. No me sorprende que todos se los coman — Lanmo probó el aire con la lengua y saboreó los aromas dulces y pegajosos y maravilloso de los helados. Faltó poco para que la marearan—. ¿Te gusta el de fresa? —no podía recordar cuándo había sido la última vez que algo la había mareado.

—El de fresa es mi favorito.

—Entonces que sea fresa.

Mary pagó por un solo cono de helado de fresa y después se sentó en un banquito bajo un árbol grande y amistoso que se alzaba en la Gran Avenida desde hacía muchos años y se había convertido en toda una referencia y un punto de encuentro para los seres humanos. Sujetó el cucurucho, y Lanmo se acomodó de modo que la cabeza le quedara al nivel del helado. El frío que emanaba del cono la hacía sentir ligeramente soñolienta y a la vez entusiasta. Mary esperó mientras la lengua de la serpiente se agitaba y ondulaba y temblaba acercándose más y más al helado hasta que al fin dio un pequeñísimo lametón tamaño serpiente.

—Mmmmmmm.

Tras lo cual las amigas se fueron lamiendo por turnos al tiempo que seguían sentadas y veían pasar a la gente.

—Mmmmmmmmmmm —observó Lanmo. La golosina le había entumecido la lengua. Esto nunca le había ocurrido, y aunque era poco conveniente, le gustaba. Pasó la lengua por el aire cálido un momento, como si fuera un perro jadeante, pero después volvió al helado—. Sslllmmmmmsnnnnnnllllmmmm —esto lo decía porque nunca antes había encontrado nada tan delicioso y a la vez tan divertido.

Una vez que terminaron el helado y Mary hubo desmenuzado el cucurucho (que Lanmo pensó que sonaba como huesos de ratón), la serpiente se colgó cabeza abajo del hombro de la niña, sosteniéndose solo con su cola inteligente. Estaba tan feliz de que sucediesen cosas nuevas después de una vida tan larga, y tan feliz de estar con su amiga y de verla feliz.

—Wibbibb wubbly.

—¿Perdón?

—Ibbibb lubby.

—Oh, Lanmo, se te ha congelado la lengua —y Mary se rio y el sonido sabía a fresa.

—Ehhhto me uuusta —logró decir, y se rio—. Mi lengua es de helado.

—No hay lenguas de helado.

—Debe de haber. La mía lo es.

Lanmo podría haber seguido bromeando así toda la tarde, pero sintió que Mary se daba la vuelta y contenía el aliento mientras miraba avenida arriba. Pudo ver que una figura conocida caminaba hacia ellas.

—Ese se parece a Paul, salvo que es mayor y más alto.

Mary le hacía señas a Paul, como si hubieran quedado en encontrarse allí.

—Por supuesto que es mayor y más alto. Ha pasado el tiempo.

—Oh, pero eso es horrible.

Paul ya estaba muy cerca y Lanmo comprendió que haberse dejado congelar la lengua era un desastre. Tal vez pasaran horas antes de que pudiera sentir adecuadamente el sabor de alguien. Si Mary amaba a Paul y quizá quería casarse con él, o ir con él a practicar kayak a los desiertos del Ártico, era obligatorio que la serpiente sintiera su sabor con claridad para ver si era de fiar y si él también amaba a Mary y quizá si sería hábil manejando el remo en un kayak. Lanmo pensó: «Así es como son los humanos, que nunca saben o comprenden realmente el interior de otro. Y los huevos de los que nacen no les dicen nada... Son unas criaturas pobres y abandonadas».

Como la lengua no le servía en aquella ocasión, se preparó para examinar cuidadosamente con la vista a Paul.

—Ah. Ha vuelto la serpiente —dijo Paul, y continuó, casi enojado—: Serpiente, la última vez que estuviste aquí mordiste a Mary. Ella me dijo que no lo hiciste adrede, pero debo decirte que si la vuelves a morder, también tendrás que mordarme a mí, porque pelearé contigo —y los ojos azules de Paul brillaron de valor y su cabello rojizo se volvió más rojizo y trató de parecer grande, aun cuando todavía era bastante flaco y no llamaría la atención de nadie que se cruzara con él en la calle. Es decir, nadie que no fuera Mary.

Mary, que *era* Mary, tomó a Paul por el brazo del lado contrario a donde estaba Lanmo y lo hizo callar:

—Nada de peleas. Por favor. Lo prohíbo.

Lanmo estiró el cuello —que también era los hombros y parte de la espalda — sobre los hombros de Mary para mirar a Paul y dijo:

—Si peleas conmigo, no volverás a pelear con nadie, nunca más.

—No me importa. Si Mary está a salvo, no me importa nada —dijo Paul, y aunque las manos le temblaban y la voz le sonaba trémula, miró los profundos, profundísimos ojos de la serpiente sin parpadear.

Lanmo asintió y parpadeó y lamió la oreja de Paul rápido con una lengua un tanto gomosa y —sobre el chillido que soltó Paul— le habló con una voz que era como envolverse en toallas calientes después de un largo baño:

—Eres una excelente persona, Paul. Creo que cuidarás a Mary casi tan bien como lo haría yo, y como yo debo viajar mucho por el mundo, tendrás que arreglártelas sin mí en algunas ocasiones.

—Puedo cuidarme sola, gracias —dijo Mary, pero ella también apretó la mano de Paul tan fuerte que casi le hizo daño, y besó la oreja que no había rozado Lanmo—. Nos cuidaremos el uno al otro.

—Recuerden —les dijo la serpiente mientras caminaban bajo la vieja y polvorienta luz del sol frente a las tiendas vacías—, recuerden que siempre deben poner los huevos en arena seca y cálida, lejos de los humanos y de su estupidez y violencia.

Mary se limitó a ruborizarse sin decir nada. Pero Paul dijo:

—Creo que quizá los niños humanos no necesitan arena. Ni huevos.

La serpiente negó con la cabeza pensando cuánta ignorancia había en esta joven pareja; tenían mucho que aprender sobre la procreación. Pero tendrían tiempo para aprenderlo.

—Supongo que tendrán que confirmar eso con un humano con más experiencia —dijo—. Y ahora, Mary, debes hablarle a Paul sobre las aventuras, y preguntarle si le gustará dormir en tiendas de campaña con arañas, o en cavernas con murciélagos, o en junglas con panteras. Y si podrá luchar con un cocodrilo, o hacerle cosquillas a un hipopótamo, y todas las otras cosas que un explorador cabal debe hacer. Porque si va a pasar su vida contigo, tendrá que saber sobre muchas cosas por el estilo.

—Él nunca luchará con ningún cocodrilo —le dijo Mary—. No le tomes el pelo.

—Y preferiría no hacerle cosquillas a un hipopótamo —agregó Paul—. Pero puedo encender un fuego con dos maderas y un cordón de zapato. Y puedo guiarme por la Estrella Polar. Y siempre quise tener aventuras y nadar junto a las ballenas y cabalgar en las praderas y...

Mary lo interrumpió con un beso en la boca, tan contenta estaba de que compartieran este gran sueño junto con tantas otras cosas que tenían en común. Y él y ella giraron y giraron abrazados hasta que casi estaban bailando en el pavimento desigual y sucio. Ninguno de quienes los vieron olvidó nunca la pareja perfecta que hacían: dos seres humanos entregados el uno al otro en la alegría y la ternura. Cuando llegaran los días por venir, sería algo que recordar. Cuando los tiempos se volvieran grises, o duros, o inciertos, habría una cara que sonreiría pensando en la chica y el chico que bailaban y en la luz atrapada en sus cabellos.

Por supuesto, cuando Mary y Paul dejaron de bailar —y aunque a ella también le gustaba bailar—, la serpiente se había ido.

Y la serpiente recorrió el mundo, más rápida que las amenazas o los rumores. Conoció a muchos humanos al hacer su trabajo. Conoció a una mujer que amaba la forma de las bicicletas apoyadas contra las paredes y conoció a un chico que amaba las manzanas y a una joven que tocaba el violín y amaba a una joven que tocaba la flauta y conoció a un viejo que odiaba a todos los que veía por motivos que no le dijo a nadie. Y Lanmo a veces conocía a niñas pequeñas, y le recordaban a Mary, y esos días, a la hora en que sabía que sería la puesta de sol en el país de Mary, le enviaba a su amiga unos sueños especialmente maravillosos.

Una tarde Lanmo encontró a un hombre que estaba bailando. En esa tierra el sol se ocultaba tras unos montecitos redondeados y la luz rosada y larga que proyectaba sobre la hierba hacía que el hombre pareciera más alto y más delgado de lo que en realidad era. Su esposa lo miraba desde la ventana de la cocina y lo amaba tanto que la serpiente pudo sentir el amor cubriendo la hierba como una corriente de agua. Y la radio en la cocina mandaba su música al aire y el hombre bailaba y alzaba los brazos sobre la cabeza y seguía bailando. Se parecía a la felicidad.

La serpiente estaba a punto de abrir la boca y mostrar los dientes, pero, al sentir la corriente de la música y la corriente del amor, empezó a bailar ella también. Bailaba entre los pies del hombre que saltaban y se arrastraban, hacia un lado y hacia otro, arriba y abajo. La serpiente ondulaba sobre el vientre, cosa que no hacía con frecuencia, y zigzagueaba sobre la espalda, cosa que no hacía nunca. Se alzaba apoyada en la cola y se cimbraba, meneaba la cabeza y cerraba los ojos, y durante un rato estuvo muy contenta.

—¿Te estás divirtiendo?

Al oír la voz, Lanmo abrió los ojos y miró. El hombre se había quedado quieto y la observaba con una sonrisa.

—Eres una criatura inusual.

Lanmo estaba sin aliento, pero habría querido bailar más, así que su voz sonó sibilante y como enojada al decir:

—Sí lo soy. Nunca volverás a ver a alguien como yo.

El hombre frunció el ceño y se sentó muy deprisa en la hierba.

—Ah, entiendo —y asintió con la cabeza y miró al sol que se acercaba más y más a los montes como si quisiera calentarlos—. Sí, ya veo —se pasó la mano por el cabello y volvió a asentir—. Ya veo.

Entonces la serpiente debería haberle mostrado los colmillos, pero en lugar de hacerlo se estiró para sentarse en la rodilla del hombre y lo observó. Había pasado mucho tiempo sin que ningún ser humano la hubiera visto, y ella no había hablado con nadie desde que estuvo con Mary.

El hombre acarició suavemente el cuello de la serpiente.

—Pues bien, amiga mía. He pensado en ti con frecuencia.

—No soy exactamente tu amiga —dijo la serpiente.

—Bueno, mi visitante, entonces.

A Lanmo le gustaba el modo triste y amable en que el hombre le tocaba las escamas, y sintió que se adormecía. De hecho, se quedó dormida.

Al despertarse descubrió que la habían depositado en un hueco abierto en medio de una hierba fragante que habían dejado sin cortar para que protegiera las flores silvestres. No era propio de ella dormirse, especialmente cuando estaba con un ser humano, y se preguntó si no estaría enferma. Cuando se alzó para mirar, vio que estaba en el borde del prado del hombre que bailaba, y el hombre y su esposa danzaban juntos, abrazados con fuerza, mientras la música brotaba de la ventana y se derramaba por la hierba bien recortada de esa parte del jardín. Y un nuevo sabor de amor corría entre las briznas de hierba y las corrientes de aire como si todos estuvieran bajo una cascada. El amor y la música eran tan densos que la mujer y su marido solo podían moverse muy lento. Quizá era por eso por lo que la serpiente se había dormido: por este exceso de amor y música.

La pareja miró hacia donde habían dejado a la serpiente y vieron que los estaba observando.

—Preferiríamos estar juntos —dijo la esposa, y puso la mano sobre la boca del marido para impedir que hablara.

La serpiente negó con la cabeza, porque no estaba permitido permanecer juntos cuando ella iba a por una sola persona.

Pero los humanos parecían tan tristes.

—Uno de ustedes tiene un tiempo breve, el otro tiene mucho más.

—No nos importa —dijo la esposa, y miró a los ojos a Lanmo, porque su amor por el marido hacía que pudiera ver a la serpiente con toda claridad—. No me importa. Eres una serpiente hermosa y te estamos pidiendo que te comportes de un modo hermoso. Por favor.

Lanmo probó el aire y supo que lo que la mujer decía era cierto, que todo era cierto.

—¿Querías irte ahora? —le preguntó.

—Con mi marido. Sí. No querría quedarme en un mundo sin colores y sin música y sin baile. Que es como se volvería para mí el mundo sin él.

El marido y la mujer miraban a Lanmo. Se tenían de la mano. Y esperaban.

Y así fue que la serpiente accedió a que se fueran juntos. Pero antes de que eso sucediera bailó con ellos hasta que el sol se puso tras los montes y cayó la noche. Entonces, cuando la Estrella Polar brillaba, les hizo una señal y los tres se sentaron en la hierba, que seguía tibia por el sol, el amor y el baile. Y la serpiente dejó que la mujer y el marido la conocieran juntos. Mientras la pareja se tenía de las manos y miraba las estrellas, abrió la boca con sus dientes afilados que eran tan blancos como el hueso.

Después durmió en el hueco que le habían hecho en la hierba, porque era la primera casa que le habían construido solo para ella. Y cuando se despertó, lloró. Esto nunca le había sucedido antes, y como todo era tan extraño, Lanmo supo que debía ir a ver a Mary. Le pediría a ella que se lo explicara.

Cuando la serpiente regresó a la ciudad de Mary vio que, otra vez, había pasado más tiempo del que creía. Ya no había cometas sobrevolando los tejados. Las calles estaban casi mudas, más allá del ladrido de unos perros amarillentos y flacos. Las torres lujosas que habían proyectado su sombra sobre cada vez más barrios habían quedado abandonadas y se habían vuelto ruinas altas y delgadas, o se habían reducido a escombros y cimientos. Parecía como si las manos de gigantes las hubieran castigado. La serpiente, por su experiencia, sabía que el daño lo habían causado las manos y las máquinas de los seres humanos. En otras circunstancias esto no le habría importado. Había visto muchas ciudades crecer y caer, pero esta vez, al tiempo que se apresuraba hacia la casa de Mary, descubrió que estaba terriblemente preocupada. Deseaba no llegar nunca pero también quería estar ya en el jardín, complaciéndola y haciéndola reír. Sentía que se desgarraba en dos y esto le hacía pensar que: «El amor es realmente algo terrible. Y aun así hace que los amantes nunca quieran dejarse y se tomen de las manos mientras miran las estrellas y sean felices hasta el fin. Y eso es maravilloso. El amor es extraño».

Cuando llegó a lo que había sido la casa de Mary (más lenta de lo que habría viajado antes, porque estaba preocupada) encontró que el edificio ya no tenía ventanas y ninguno de los seres humanos que lo había habitado seguía en él. El gatito amigo de la serpiente también se había ido. Los cuartos del pequeño departamento estaban casi desnudos. En el jardín las plantas crecían a la buena de Dios sin nadie que las regara ni se ocupara de ellas. Las rosas parecían tristes, como si extrañaran a Mary.

En el cuarto de Mary seguía la cama, pero sin sus sábanas ni mantas ni almohadas. Sobre la cama estaban las pantuflas con bordados que le habían obligado a hacer a Mary en su clase de costura. Estaban colocadas con esmero encima de una nota plegada que tenía escrito «PARA LANMO». La serpiente

podía leer todos los idiomas que hubo o pudo haber, así que desplegó el papel y vio:

Querida Lanmo:

Hemos tenido que irnos de aquí y no sabemos exactamente adónde iremos, así que no puedo decirte dónde podrás encontrarnos. Aun así, realmente querría que nos encontraras, porque eres mi mejor amiga en todo el mundo. Mañana, madre, padre, Paul, Sombra y yo empezaremos a caminar hacia el norte, donde las cosas están mejor. (Salvo que Sombra no caminará porque tiene patas demasiado pequeñas para una marcha larga. Lo llevaremos en brazos. No pesa mucho, aunque creció desde la última vez que lo viste.)

Por favor, ven a visitarme si puedes. Sé que estás ocupada, pero por favor intenta hacerlo.

Y Paul te manda un saludo.

Y gracias por los sueños.

Y te estoy enviando todo mi amor para ti aparte del amor que es para Paul y para madre y padre y el poquito que le doy a Sombra, que es muy dulce.

Tu amiga,

Mary

La serpiente probó la carta con la lengua, y aunque el papel y la tinta ya eran viejos, todavía conservaban el sabor del amor. Cerró los ojos un momento y recordó que había estado acostada en esa misma cama, mirando a los ojos de su amiga Mary. El corazón de la serpiente había permanecido inmóvil en sus miles y miles de años de existencia, pero ahora, por primera vez, empezó a latir. El sonido que hacía la intrigó.

Hizo flamear su lengua inteligente en el aire, para saber con precisión adónde se había ido Mary, y después, veloz como la tristeza, fue hacia allí. Se movía demasiado rápido para que nadie la viera, pero los seres humanos junto a los que pasó en su viaje temblaban y lloraban, o sentían que debían encontrar a los que amaban cuanto antes y abrazarlos y mirarles las caras con gran atención y decirles cosas amables e importantes.

Cuando terminó su travesía vio que se hallaba en un pequeño sendero en un bosque. Caía la tarde y a su alrededor el suelo húmedo mostraba signos de que

por ahí había pasado mucha gente. Había maletas abandonadas y latas de comida vacías y también zapatos gastados. Junto a un arroyo alguien había dejado un piano, después de empujarlo a lo largo de muchos kilómetros. El instrumento había quedado formando un ángulo extraño contra el tronco de un sauce y cuando soplaba el viento las ramas del sauce se movían y las cuerdas del piano le tocaban al árbol su pequeña melodía.

A la sombra del follaje de un roble, la serpiente vio a una mujer joven con veintiún cabellos blancos y unos ojos que mostraban que era valiente y amable y sincera. Llevaba botas pesadas y ropa práctica que estaba remendada con puntadas fuertes y bien hechas. Parecía alguien que se hubiera venido preparando desde siempre para viajar y tener aventuras. Pero no parecía estar disfrutando de un viaje de placer. Se la veía delgada y cansada y sus botas estaban gastadas y polvorientas, lo mismo que los pantalones de lona, y la camisa y el abrigo estaban raídos.

Pero Lanmo apenas reparó en el aspecto de Mary. (Porque la joven, por supuesto, era su amiga.) Estaba demasiado apurada y demasiado feliz.

—Hola, Mary —se deslizó por la hierba y se sentó en el hombro de Mary, poniendo la cabeza contra la mejilla de ella. Sentía que el corazón le latía muy rápido y muy raro.

—Ah, Lanmo —Mary dejó de revolver la ollita de arroz que tenía colgada sobre un fuego y le hizo cosquillas a la serpiente.

Dejó que lo hiciera, aun cuando era un tanto irrespetuoso para una serpiente tan maravillosa como ella. Las cosquillas la hicieron sonreír con su casi invisible sonrisa serpentina y se dio cuenta de que no había sonreído desde la última vez que había estado con su amiga.

A los pies de Mary estaba Sombra, que ya era un gato adulto. Cuando oyó la voz de la serpiente irguió las orejas y se levantó y empezó a saltar y hacer cabriolas, como si recordara haber sido un cachorro que jugaba con la cola de Lanmo.

—Sabía que me encontrarías —dijo Mary—. Paul decía que no podrías, pero yo sabía que sí.

—¿Y dónde está Paul? —preguntó Lanmo, preocupada al pensar que Paul no había estado ayudando a Mary en el viaje, como debería haber hecho.

Mary sonrió.

—Hace un rato pasamos por un claro donde había setas, y lo mandé a recogerlas ahora que acampamos. Sé por los libros que son de una especie

comestible. Podemos secar algunas para después, y comer otras ahora con este arroz. Volverá pronto. Y luego será su turno de hacernos una cama en los árboles.

—¿Duermen en los árboles?

—Por supuesto. Cuando hay árboles grandes a los que podemos trepar nos acomodamos en las ramas altas para no correr peligro. Y cuando yo duermo Paul me vigila, y cuando duerme Paul lo vigilo yo, por si nos caemos y nos lastimamos. Nadie tiene que vigilar a Sombra porque él ya sabe bien cómo dormir en los árboles. De hecho, él nos enseñó mucho al respecto. Es de lo más listo para ser solo un gatito.

Sombra había apoyado las patas delanteras en las piernas de Mary para alcanzar el extremo de la cola de Lanmo, que empezó a lamer ronroneando con orgullo. Lanmo lo permitió, pero cuando el gato la mordisqueó tuvo que dirigirle una mirada severa.

—No soy un juguete —le dijo. El gato no lo entendió, pero aun así se alejó en busca de algo que comer. Los seres humanos ya no podían alimentarlo, así que ahora debía cazar.

Durante un rato la serpiente se contentó con quedarse sobre el hombro de Mary, gozando de su compañía. Hacía tanto que no la veía...

—Ha pasado el tiempo —dijo.

—Así es. Siempre pasa —asintió Mary—. No podemos detenerlo.

También sacó la lengua muy rápido para saber cuántos kilómetros de polvo y barro y tormentas había recorrido su amiga y cuán triste había estado a veces.

Cuando nuestras dos amigas cerraron los ojos y respiraron un rato hasta quedar satisfechas, Mary preguntó:

—Lanmo, ¿viste a mis padres?

—No estaban en tu casa cuando pasé por ella. Tu carta decía que habían partido contigo.

—Vinieron con nosotros hasta el límite de la ciudad, pero ahí dijeron que estaban demasiado cansados y que habían traído demasiadas cosas para cargar y que extrañaban su casa. Así que nos dijeron que siguiéramos sin ellos. Durante tres días y tres noches acampamos juntos cerca de las antiguas murallas de la ciudad y tratamos de hacerles cambiar de opinión, pero cada vez que les pedíamos que vinieran con nosotros, se negaban. Y cuando Paul, Sombra y yo nos despertamos el cuarto día, no los encontramos. Nos habían

dejado su provisión de comida y una nota que decía que eran demasiado lentos en el viaje y nos retrasarían. Y me dejaron esto... —Mary le mostró a Lanmo la cadena de oro que llevaba al cuello—. Era de mi madre..., la llevó el día de su boda —y tuvo que esperar un momento hasta que pudo seguir hablando, por la tristeza—. Paul, Sombra y yo los buscamos pero no pudimos dar con ellos. ¿Y cómo iban a comer sin comida? ¿Cómo podrían hacerlo? ¿Por qué no quisieron venir conmigo cuando yo lo sé todo sobre exploraciones y viajes?

Lanmo sentía caer sobre sus escamas las lágrimas de su amiga, pesadas y saladas, con una clase nueva y extraña de amor que hacía doler el corazón y tropezar sus latidos.

Mary bajó la voz para preguntarle:

—Tu trabajo es encontrar seres humanos, ¿no? Y una vez que los encuentras, ellos han llegado al fin de sus vidas —las manos le temblaban contra el cuerpo de Lanmo.

—Bueno... —susurró la serpiente—, es cierto. Lo lamento, creo. Nunca lo lamenté, pero ahora sí. Aun así, una serpiente es una serpiente es una serpiente. Y yo soy esa clase de serpiente.

—Pero ¿nunca encontraste a mi madre y a mi padre y les dejaste verte y ver tus dientes? —la voz de Mary era más baja aún al hacer la pregunta.

—No, Mary —la serpiente le acarició la mejilla con la cabeza—. Los vi cuando estaba contigo en tu casa, pero ellos no me vieron. No era su momento de verme.

Mary no dijo nada más, pero Lanmo sintió que ella quería preguntarle si sabía si sus padres continuaban en el mundo. Por eso, sacó la lengua y la movió en el aire para ver si podía localizar a los padres de Mary. La lengua buscó largo rato y habría seguido más tiempo si Mary no le hubiera dicho:

—Lanmo, no puedes encontrarlos, ¿no?

—No, no puedo.

—Y tienes la lengua más inteligente del mundo, ¿no? Y puedes encontrar a cualquiera o cualquier cosa.

—Así es.

—Entonces, si no puedes encontrarlos, no pueden estar ya en el mundo. Y fueron los seres humanos los que hicieron el trabajo por ti.

La serpiente no respondió.

—Yo preferiría no ser humana —dijo Mary, y lloró un rato, y Lanmo lloró con ella. Y esa fue la única vez que lloró con un ser humano.

Nuestras dos amigas estaban sentadas juntas en silencio cuando volvió Paul con las setas. Venía silbando alegremente y haciendo cuanto estaba en su mano para mostrarse contento tras haber llenado el saco y todos sus bolsillos con setas. Mary se puso de pie de un salto y lo abrazó, y Lanmo, que cabalgaba sobre su hombro, también disfrutó del abrazo.

Paul se sobresaltó al ver el brillo dorado de la serpiente, pero después sonrió y le dijo:

—Supongo que no comes setas y arroz..., y es todo lo que tenemos para ofrecerte —después susurró—: Estoy haciendo todo lo que puedo para cuidar a Mary, y ella hace cuanto puede para cuidarme a mí —tras lo cual estrechó la cola de Lanmo al modo en que los seres humanos se dan la mano.

Lanmo no esperaba esto y perdió el equilibrio. Por un momento se encontró colgando cabeza abajo, y sacudida.

—Uoo oo ooh —pero le gustó la sensación que le proporcionaba y se balanceó arriba y abajo mientras Paul seguía sosteniéndola y se reía. Había pensado que quizá mostrarse un poco infantil alegraría a Mary. Y estaba en lo cierto.

Sombra volvió con un ratón. Aunque la serpiente se sintió un tanto celosa del bocado tierno que había conseguido el gato, en realidad no necesitaba comer para seguir viva; era solo un extra que se permitía a veces, así que no insistió en compartir la pequeña comida peluda. Se limitó a mirar al gato con una mirada del revés y dijo:

—Hay mucha hierba en el cielo y el suelo se ha vuelto muy azul y rojo con la puesta de sol.

Sombra dejó la comida un instante y lamió a Lanmo con una lengua que sabía a ratón. Lanmo volvió a reírse pero después se puso tan seria como podía ponerse una serpiente y se liberó de la mano de Paul para colgarse de

una rama.

El gato comió su ratón y los humanos su arroz con setas y después Mary apagó el fuego con cuidado para que no humeara y todos treparon a lo más alto del árbol más grande que encontraron. Desde allí podían ver la luz de grandes y pequeños fuegos, pero en general la tierra estaba a oscuras. No se veían luces de casas, ni siquiera a lo lejos. Lanmo les dijo:

—Hoy pueden dormir toda la noche porque yo vigilaré y los mantendré a salvo.

Esto hizo que Mary y Paul pudieran acomodarse abrazados en una rama vieja y ancha, mientras que Sombra se enroscaba en una rama más pequeña y más alta. Antes de que Mary cerrara los ojos en su saco de lona, Lanmo se deslizó en la oscuridad hasta ella, con los ojos rojos brillando:

—Nunca conocí a un ser humano como tú.

—Bueno, yo nunca conocí a una serpiente como tú.

—Eso es cierto —los ojos rojos parpadearon—. El mundo no supo nunca de una noche en que yo no haya estado pasando de una tierra a otra haciendo mi trabajo. Pero me quedaré aquí y no encontraré a nadie y nadie dejará su vida por mí... Y esto se debe a ti.

—¿Puedes hacerlo, te está permitido? —murmuró Mary, que se sentía muy bien después de una comida tan buena y mientras caía suavemente en los sueños buenos y cálidos que Lanmo ya le estaba enviando para hacerla sentir feliz y como nueva. También le estaba mandando a Paul, que ya se había dormido, sueños sobre ser útil y amable y atento. Y a Sombra le dio un sueño sobre escalar una enorme montaña de comida para gatos, cazando unos ratones lentos y gordos.

—No sé si me está permitido dejar que vivan todos los seres humanos que deberían haber dejado el mundo esta noche. Por ende, quizá deban seguir en el mundo un largo tiempo. Pero no me importa. Nadie me dijo nunca qué hacer en estas circunstancias, porque creo que nunca se supuso que yo tendría una amiga y comprendería el amor y... —apoyó su delgado pecho de serpiente contra la mano de Mary—, mi corazón está latiendo.

—Vaya —dijo Mary al sentir el diminuto *pitpatpitpat* del corazón con vida de Lanmo—. Todo este tiempo yo he pensado que tenías un corazón que latía, como las otras serpientes.

—Pero yo no soy como las otras serpientes.

—Por supuesto que no. Eres la única serpiente con la que hablaré y la única

que será mi amiga y la única a la que amaré.

Al oírla, la serpiente vertió una cantidad de lágrimas que no eran de pena. No sabía que era posible llorar de alegría. Y después estornudó (*pffs*) y trató de sonar enérgica, para no parecer demasiado sensible.

—Mañana deben dejar de ir hacia el norte y tomar el camino que yo les mostraré. Deben ir a la Tierra de Perditi, donde estarán a salvo. Es un camino largo, pero tú eres una exploradora valiente y con recursos, así que llegarán. Tendrán que ir a la primera ciudad que encontrarán pasando las montañas y allí irán por las calles que yo les indicaré y llamarán a la puerta de la casa con los postigos azules y la puerta azul.

—¿Y entonces todo estará bien?

—Estará todo lo bien que puede estar.

—¿Y me visitarás allí? —pues Mary ya sabía que si Lanmo le estaba dando tantas instrucciones para el viaje era porque volvería a dejarlos—. Me gustaría.

—Y a mí también me gustaría —se acurrucó bajo el mentón de Mary, igual que hacía cuando ella era una niña.

—Buenas noches, amiga mía.

—Buenas noches, amiga mía.

—Dulces sueños.

—Sí, ya me he encargado de eso —y Lanmo levantó la cabeza y besó la mejilla de Mary y se quedó inmóvil.

Y, en efecto, Mary soñó todo el viaje que debía hacer, a lo largo de toda la noche, y cuando se despertó Lanmo estaba haciendo sus ejercicios de estiramiento y baile para hacerla sonreír, en una rama justo encima de ella.

—Oh, sigues aquí, Lanmo.

—Sí. Iré en tu hombro el resto del día y me aseguraré de que recuerdes tu sueño como es debido, y después tendré que irme y ocuparme de los otros seres humanos del mundo.

Mientras Mary se lavaba en un arroyo cercano y llenaba sus botellas de agua, Paul encendió un fuego (era muy hábil encendiendo fuegos) y calentó agua para un té de agujas de pino. Después se lavó, y Sombra lo miró cuando chapoteaba en el agua fría y tropezaba con las piedras del fondo. El gato se limitó a lamerse el pelaje de ese modo inteligente que tienen los gatos cuando les toca lavarse. Y Lanmo se descolgó de las ramas del árbol y sus escamas doradas brillaron y las rizó para que la brisa las hiciera cantar y sonaran como en tiempos mejores, como una pequeña orquesta lejana que fuera a una fiesta, o a una boda.

—Mary —preguntó Lanmo cuando la vio sentada junto al fuego con su té de agujas de pino—, ¿te casaste con Paul?

Mary negó con la cabeza:

—Quisimos casarnos, pero pasaron tantas cosas malas que no fue posible.

—Yo tengo el poder de casar humanos.

A Mary eso no le sonó muy verosímil.

—¿Estás segura?

—Bueno, los capitanes de barcos y otras clases de seres humanos pueden casar seres humanos y los humanos son muy tontos, así que no veo por qué no puedo casarlos a ustedes mucho mejor que cualquiera. Soy espléndida y maravillosa y no hay otra como yo. Así que... los casaré —pareció hacer un

esfuerzo por sonreír, en la medida en que le era posible. Sus escamas se erizaban de la excitación.

Con un movimiento de la cola mandó acercarse a Paul y a Sombra, tras lo cual se colgó de una rama sobre ellos, adoptando una postura solemne.

—A continuación los casaré. ¿Sombra? —el gato alzó la vista hasta los ojos de rubí de Lanmo—. Tú serás nuestro testigo de que estos dos se unen del modo que prefieren los seres humanos.

—Pero no tenemos anillos —dijo Paul, que no tenía previsto casarse ese día.

—Y yo quería ponerme un bonito vestido y que hubiera fiesta y música y...

Todos respetaron el silencio que hizo Mary, y no dijeron lo que ella estaba pensando: que hubiera querido que estuvieran presentes su madre y su padre. Pero todos lo sabían. Paul, que había vivido en un orfanato, podría haber invitado a algunos de los otros huérfanos, pero no tenía ni idea de dónde estarían ahora.

Lanmo puso cara de pocos amigos y sacó la lengua con impaciencia.

—No puedo ayudarlos en nada de eso. Solo puedo declararlos marido y mujer por todo el poder con que fui investida, que es mucho —agrandó todo lo que pudo su cuerpo y extendió el cuello como una cobra y centelleó para impresionar—. Y vestidos... Seguramente uno puede casarse sin ropa, si tiene que hacerlo.

Paul hizo una mueca.

—No es lo más habitual —dijo en voz baja, y tomó la mano de Mary y la besó—. Pero podríamos casarnos y sería maravilloso... Oh, pero necesitamos anillos.

—Muy bien —dijo la serpiente—. Si insisten... —se bajó hacia Mary hasta casi tocarle la nariz—. Mary, puedes elegir dos de mis escamas, las que te parezcan más lindas, y tirar de ellas.

—Pero ¿no te dolerá?

—Es posible. No sé. Pero se convertirán en dos anillos de oro, para ti y para Paul. Serán anillos como no hay otros, porque ustedes son seres humanos como no hay otros.

Y cerró los ojos y esperó hasta que Mary hubo elegido dos escamas que parecían quizá un poco más pequeñas que el resto, por temor de lastimarla, y tiró de una, para lo que necesitó toda su fuerza. Cuando tuvo la escama en la mano vio que era más fina que la más fina hebra de seda, pero pesaba más que

un corazón cargado de pena. Donde había estado la escama brotó una gota de sangre que rodó y cayó, y cuando tocó la mano de Mary brilló por un momento como un rubí y después se desvaneció en su piel.

—Ay, Lanmo. Lo siento tanto. Esto debe de estar doliéndote mucho.

—Soy muy valiente. Puedes continuar.

Y Mary tiró de otra escama y otra gota de sangre cayó y fue a dar en la frente de Paul y, cerca de donde cayó, veintiún cabellos cambiaron del rojo a un brillante dorado. Esta escama también era finísima y muy pesada.

Paul y Mary tenían una escama cada uno.

Entonces Lanmo abrió los ojos y besó a Paul en la mejilla. Al hacerlo, la escama de Paul se hizo líquida y formó un anillo en su dedo, un anillo muy hermoso, con sus propias escamas diminutas como una serpiente.

Y después Lanmo besó a Mary.

—Y con esto, me he entregado a ustedes, aunque no son míos, pero los amo y por eso los he cuidado y ahora están casados —y la escama que tenía Mary se deslizó por su palma para formar un anillo brillante en el dedo, más hermoso aún que el de Paul, una perfecta imagen de Lanmo.

Tras lo cual los recién casados y su gato y su amiga Lanmo iniciaron el primer día de marcha por el sendero de la serpiente y, como en los días más felices, Lanmo iba en el hombro de Mary, haciendo revolotear la lengua y tarareando una dulce melodía para sí misma y a veces suspirando porque estaba muy a gusto y sabía que eso no tardaría en quedar atrás.

Cuando los seres humanos dejaron su carga y encendieron el fuego para la noche, Lanmo les dijo:

—Ahora tengo que dejarlos, pero estos anillos mantendrán a raya a sus enemigos, si es que encuentran alguno en el viaje. El oro atraerá sus miradas y sentirán sueño y estarán confundidos y, para cuando se hayan recuperado, ustedes ya estarán lejos —hizo cosquillas en las orejas de Sombra y el gato se tiró panza arriba, recordando cómo era vivir en una casa y no tener nada que hacer más que comer y dormir y jugar.

Había tanto cariño ahí que Mary y Paul se quedaron mirando la felicidad del gato, y cuando alzaron la vista la serpiente ya no estaba.

—Oh —dijo Mary, y le brotó una lágrima.

La lágrima cayó sobre el anillo, y donde cayó creció un pequeño diamante. Y después cayó otra lágrima y brotó otro diamante. Los dos formaron los ojos de la serpiente de oro. Y esto fue una señal para mostrarle a Lanmo que el

amor es una joya y nos ayuda a ver y no es solo algo terrible. Aunque también puede ser algo extraño.

Pero Lanmo no estaba allí para verlo.

Lanmo, con su nuevo corazón palpitante, volvió a su trabajo, arriba y abajo y alrededor del mundo. Encontró a talladores de madera y pilotos de helicópteros y guitarristas y nadadores y seres humanos que se desplazaban de un sitio a otro porque les gustaba y seres humanos que se desplazaban de un sitio a otro porque no tenían casas y seres humanos a los que les gustaba silbar y otros a los que les gustaba remar y algunos que preferían trepar a los árboles. También encontró a seres humanos que nunca habían hallado nada o a nadie a quien amar. Estos humanos hacían que el corazón le latiera lento y se sintiera pesado, y esto la perturbaba.

Todas las mañanas probaba el aire con su lengua maravillosa y veía dónde estaba Mary y se aseguraba de que estuviera feliz. Todas las noches le mandaba sueños divertidos y sueños tontos y sueños donde ella conseguía lo que deseaba su corazón y sueños donde nadaba con tigres y después se tendía en la playa con ellos mientras se secaban la piel y ronroneaban. También se sentía en el deber de enviarle algunos sueños agradables a Paul: unos donde Paul era un famoso futbolista, o una hermosa jirafa, o un árbol lleno de periquitos. (Lanmo con su lengua había sentido que a Paul le gustaban el fútbol, las jirafas y los periquitos.) Y también le mandaba algunos sueños menores sobre ratones y galletas y cosquillas a Sombra. (Los sueños de los gatos deben ser pequeños, porque deben caber dentro de las siestas de los gatos, que son breves.) Y Lanmo se aseguraba de que nuestros tres amigos supieran adónde ir cada mañana cuando se despertaban.

Y al viajar por todos los países que habían inventado los seres humanos, Lanmo vio que en todas partes los humanos estaban haciendo sin ella las tareas que a ella le correspondían. Le parecía raro que tantos humanos usaran tantas máquinas ingeniosas y tantas excusas ingeniosas y tantos métodos ingeniosos para expulsarse a toda prisa unos a otros del mundo, cuando todos

ellos debían abandonar sus vidas de todos modos. «Deberían volar cometas —pensaba—. Deberían jugar con gatos y comer helados y cocinar pan y bailar unos con otros y cantar y deberían casarse y quizá hacer niños inteligentes que entiendan las cosas, o adoptar niños huérfanos que no tienen a nadie en el mundo». Pero sabía que no podía cambiar a los seres humanos en contra de su voluntad y que ellos mismos debían elegir cambiar, así que debía dejarlos que se perdieran a su modo.

Mary y Paul no se perdían. Durante muchos meses después de dejar su ciudad natal siguieron el mapa soñado que les había mostrado Lanmo, y que les seguía mostrando un poco más cada noche. El camino era raro: serpenteaba y giraba y se retorcía y no iba nunca en línea recta como los caminos humanos. Esto se debía a que las serpientes nunca se mueven como seres humanos y no confían en las líneas rectas, no las encuentran naturales.

Había días en que el camino estaba seco y polvoriento y nuestro valiente trío tenía sed al final de la jornada, pero la serpiente se aseguraba de que al caer la tarde localizaran un arroyo, o un estanque, o un pozo del que beber, y un árbol al que trepar o un gran arbusto que los cobijara. Y ellos llenaban sus botellas de agua una vez más y se lavaban la cara y se alegraban. Los viajeros trepaban montañas tan altas que encontraban nieve bajo sus pies, pero eso no era problema porque Mary había empacado ropa de abrigo y la serpiente los guiaba a rincones secretos en los acantilados donde podían refugiarse y no pasar frío y donde hallaban hojas secas y ramas que Paul podía usar para encender un fuego. Sobre todo, la serpiente los mantenía alejados de otros seres humanos, porque era una época en la que muchos de los humanos del mundo se habían vuelto peligrosos porque estaban demasiado tristes o enojados o desesperados. Y cuando nuestros tres amigos no podían evitar a los seres humanos, sus anillos los mantenían a salvo y seguían adelante.

Esta ausencia de otros humanos podría haber hecho que Paul y Mary se sintieran solos, pero en realidad estaban de lo más contentos. Jugaban con Sombra y se turnaban para llevarlo en brazos cuando el gato se cansaba. Silbaban cuando caminaban y, cuando uno de ellos estaba fatigado o triste, el otro era capaz de alegrarlo. Nunca estaban fatigados y tristes los dos al mismo tiempo.

Y una tarde descansaron en una ladera cubierta de helechos, frente a una

hermosa puesta de sol, como Lanmo sabía que harían. Habían trepado a lo más alto de las montañas y eso había sido duro, pero ahora estaban bajando, lo que resultaba fácil, y veían una gran ciudad en paz donde las cometas volaban alegremente en la brisa, quizá un millar de brillantes cometas rojas, saltando y balanceándose y reflejando la roja luz del crepúsculo. (Lanmo sabía lo de las cometas y, como recordarán, le había dicho a Mary que debían quedarse en esta ciudad, que era la primera después de las montañas.) Habían comido unas bayas dulces que nunca habían visto antes y cocinado unas raíces grandes que la serpiente les había dicho en un sueño que debían buscar, desenterrar y asar al fuego. Por primera vez en muchos meses tenían el estómago lleno, y esto les había dado sueño. (Lanmo ya sabía que esto sucedería.) Hacia el este se veía una alta cascada y la luz que pasaba a través del agua creaba arcoíris que nadie habría podido mirar sin sonreír. (Lanmo hizo una pausa en su trabajo mientras sabía que esto estaba sucediendo y sonrió con su sonrisa serpentina y soltó una risita.)

Así que Mary descansaba apoyada en Paul y sonreía, y Paul también sonreía, y Sombra estaba enroscado en las piernas de Mary y ronroneaba, que es el modo de sonreír de los gatos, y los pájaros cantaban y no se oían disparos, ni siquiera a lo lejos, ni se veían casas quemándose o columnas de hombres marchando, o columnas sin orden ni concierto de gente desmoralizada. Solo había paz. Y de pronto Mary y Paul tuvieron espacio suficiente en su interior para recordar que en realidad estaban casados y que en realidad se amaban, y entonces se tomaron de las manos y cantaron:

*Eres la noche con sol  
Eres el mar sin orilla  
Eres el ave que canta  
Eres el león sin garras  
Y sé mi honor y sé mío  
Y sé mi gloria y sé mío  
Y sé mi vida y sé mío  
Mi amigo, mi amor, sé mío.*

Y después se durmieron.

A la mañana descendieron la ladera, seguidos por Sombra, que para entonces se había vuelto un gato más bien grande, fuerte y de un negro lustroso.

Los veintiún cabellos blancos de Mary brillaban a la luz del amanecer y, aunque su ropa (y la de Paul) estaba descolorida y rota, hoy ambos parecían orgullosos y tranquilos y un tanto espléndidos. Aunque lo ignoraban, unos días antes habían cruzado la frontera para adentrarse en la llamada Tierra de Perditi, un país en el que, como Lanmo bien sabía, se podían vivir muchas, muchas vidas sin sufrir problemas.

Al acercarse al pie de la ladera, tomaron por un camino llano y en buenas condiciones que describía una curva hacia una gran ciudad amurallada, en un valle poco empinado. Allí, por primera vez desde que habían tomado el camino de la serpiente, nuestros amigos se cruzaron con muchos otros seres humanos, y también con unos pequeños puestos donde vendían arroz cocido y carne envuelta en hojas. Al principio la visión de otros humanos los puso nerviosos, y también hizo que se avergonzaran, porque sabían que estaban sucios y mal vestidos. (Sombra, por su parte, estaba tan impecable como lo están siempre los gatos.) Pero los otros seres humanos los saludaban al pasar, o sonreían, o les dirigían la palabra en una lengua que no entendían, pero que sonaba amistosa. La mujer de un puesto que vendía una especie de fruto rojo grande vio lo cansados que parecían Mary y Paul y estirando las manos les ofreció el fruto. Hacía ya mucho tiempo que nuestros amigos humanos no tenían dinero, así que negaron con la cabeza, aun cuando el fruto se veía delicioso. Pero la mujer se rio y asintió y puso un fruto en la mano de Mary y otro en la de Paul y les dijo que siguieran su camino. Con gestos y sonrisas — y de pronto sintiéndose muy cerca del llanto—, Mary y su marido le mostraron a la mujer que estaban agradecidos. Luego, mientras caminaban, mordieron los frutos y degustaron la carne suave, húmeda y perfumada que sabía un poco a luz de sol, y otro poco como a uvas. Y en los años que vendrían siempre recordarían el sabor de esos frutos (que después supieron que se llamaban *bamandalú*) cada vez que anduvieran cerca de la Ancha Puerta del Sur, que fue la que usaron para entrar a la ciudad.

La ciudad se llamaba Paracalón, como más tarde aprendieron. Tal vez no fuera la ciudad más maravillosa del mundo, pero era muy muy buena. Cuando entraron en Paracalón se vieron a la sombra agradable de edificios de tres y cuatro alturas con postigos y puertas de colores vivos. Había jardincitos y plazas con fuentes y Mary pudo oír cantos que salían de algunas ventanas. Y sobre ellos volaban las cometas rojas.

El sueño de Lanmo les había dicho que debían tomar por la calle de la

izquierda cuando entraran a la ciudad, y después otra vez a la izquierda y seguir por una callecita hasta pasar una panadería a la derecha, y después el callejón a la izquierda. Al fondo del callejón, a ambos lados del cual había casas bajas y jardincillos, vieron una casa con amistosos postigos azules y una amistosa puerta azul. En el umbral había una mujer que acababa de cortar flores de su jardín para poner en la mesa de la cocina. Cuando vio a Mary y Paul le cambió el rostro y las flores cayeron a sus pies.

—Oh —dijo—. Llevo meses soñando que los veo a ustedes dos en la puerta de mi casa, y sabía que vendrían, si estaban vivos. Aquí, conmigo —ella también había comprendido, por su sueño, que debía hablar el idioma de la tierra de donde venían Mary y Paul. Lo hacía muy despacio y con dificultad, pero la entendieron.

Mary y Paul quedaron mudos de asombro.

—De verdad. Adentro. Vengan. Desayuno.

Esto parecía tan extraño y aun así tan maravilloso que nuestros amigos humanos no podían moverse, pero Sombra se limitó a cruzar de un salto el umbral de la casa y se tendió en una mancha de sol en el piso de la sala, como si siempre hubiera vivido allí. Era un gato sensato.

Como ustedes ya habrán adivinado, la mujer de la casa de los postigos azules era la hija buena de la abuela Higginbottom. Se llamaba Dora y se ganaba la vida fabricando joyas en el taller que había detrás de la casa. Había podido iniciar su negocio usando las joyas y los metales preciosos que Lanmo le había traído, y ya le iba haciendo falta una ayuda extra. Su marido, Peter, trabajaba como leñador parte del tiempo, y la otra parte se ocupaba de sus nietos. No era muy bueno haciendo joyas, aunque por lo demás era buena persona. Lanmo había enviado a Mary y a Paul al preciso lugar donde podían ser útiles y felices. Dora se había estado preguntando qué anillos novedosos podía fabricar, pero cuando vio los de Mary y Paul supo que los tres debían trabajar en hacer anillos de serpiente. Y así lo hicieron, aprendiendo sobre la marcha.

Con el tiempo Mary y Paul se volvieron excelentes joyeros, y también aprendieron a hablar bien en el idioma de su nuevo hogar. Y aunque los anillos que hacían los seres humanos no eran tan encantadores y elegantes y magníficos como los que había creado la serpiente con sus escamas, sí que eran muy atractivos y tenían mucha demanda. Y Mary además ideó un modo de fabricar collares como el que le había dado su madre, tanto tiempo atrás.

Después, como sucede con todos los adultos, Mary estuvo muy ocupada con su vida, que fue buena y plena. Ella y Paul no tuvieron hijos, lo que los entristeció un poco porque habrían querido criar a una niña y llamarla Lanmo y enseñarle a trepar a los árboles. Pero a veces lo que deseamos no ocurre, aun cuando lo deseamos mucho. Con todo, Mary y Paul eran como una tía y un tío para los nietos de Dora y Peter, y en cierto modo se convirtieron en una extensa familia feliz, con salidas y festivales y bailes y cantos. Y encima de la casa echaron a volar una cometa roja, que, como descubrió Mary, era una señal de que quien vivía ahí había sobrevivido a un largo viaje y estaba vivo y bien.

Todas las tardes las cometas se balanceaban y saludaban unas a otras y decían en su propio idioma: «¡Hurra! ¡Estamos vivas! ¡Somos felices!».

En esta atareada vida, Mary no se había olvidado de la serpiente, pero a veces no pensaba mucho en ella. No había vuelto a verla desde su boda, y había empezado a pensar que no vendría otra vez a visitarla. Todas las noches Lanmo le enviaba hermosos sueños y a veces oía su voz en ellos, riéndose o bromeando, pero cuando se despertaba no estaba en la almohada ni lamiéndole la oreja con la lengua.

Y, por supuesto, pasó el tiempo.

Y después, por supuesto, un día en particular Mary caminaba por lo que ahora era su jardín en Paracalón: un lugar con rosales y un asiento bajo un árbol. Para entonces era imposible distinguir sus veintiún cabellos blancos, porque todo su cabello era blanco. Estaba de pie mirando las cometas, libres en el azul muy azul del cielo, y pensaba que amar algo no significa ser dueño de ese algo. Ella había amado mucho a Sombra, pero, con el tiempo, él había dejado el mundo. No pudo retenerlo. Había amado mucho a Paul, pero, con el tiempo, Paul había dejado el mundo. No pudo retenerlo. Desde que los hijos

de Dora se habían mudado, Mary era el único ser humano en la casa con la amistosa puerta azul y los amistosos postigos azules. Y la serpiente a la que tanto quería debería haber venido a visitarla muchas veces, pero no la había visto, ni oído. Porque amarla no bastaba para hacerla aparecer. Esto la entristecía, aun cuando sabía que Sombra, Paul, Dora y Peter y ella habían vivido unas vidas muy largas y maravillosas y afortunadas.

Aun así, estos pensamientos la estaban poniendo un poco triste cuando sintió un cosquilleo en el tobillo y al mirar vio un brillo de oro y el parpadeo de dos ojos rojos.

—Mary, has cambiado.

—He envejecido, Lanmo —sonrió y miró a la serpiente que subía hasta quedar cómodamente sentada en la palma de su mano, tan hermosa y orgullosa como siempre, porque ella no cambiaba nunca—. Ha pasado el tiempo.

—Bueno... —la serpiente sacó la lengua—. No fue mi intención dejar que pasara tanto tiempo —después trepó rápido para sentarse en el hombro de Mary, y le susurró al oído—: Me alegra tanto verte —y miró los dos pequeños diamantes que brillaban en el anillo de Mary, los diamantes que habían sido lágrimas, y tantas cosas le dijeron a Lanmo sobre el amor que por un momento se quedó sin aliento.

Ver a Lanmo hizo que Mary se sintiera casi como si volviera a ser una niña, y como si se acercara la hora de ir a la escuela, y como si pudiera entrar a la casa y ver a sus padres sentados a la mesa esperándola para la cena.

—Y yo me alegro tanto de verte —se volvió y besó su elegante cabeza dorada, algo que a ningún otro ser humano se le habría permitido—. Hola. Y gracias.

—Oh, no hice nada —la serpiente casi podría haberse ruborizado, si tal cosa no fuera imposible para las serpientes. Movi6 sus escamas para que sonaran como las olas de una maravillosa playa a lo lejos—. Casi nada.

—Me salvaste la vida. Y salvaste la de Paul. Y la de Sombra.

Hubo una pausa, y un silencio que resplandeció como oro fundido y puestas de sol y forjas. Como diamantes.

La serpiente volvió a hablarle a Mary, con su voz más suave y dulce:

—Yo nunca salvo vidas —y esas fueron las palabras con el sabor más triste que había sentido nunca.

—Te equivocas —Mary negó con la cabeza y sonrió—. Nos salvaste a nosotros.

Se sentó bajo el árbol, que daba una buena vista de las montañas que tantos años atrás había trepado con Paul y Sombra en busca de paz. La serpiente le besó la mejilla y suspiró.

—Ah, Mary. Eres mi mejor amiga. Eres mi única amiga en todo el mundo.

Las dos amigas asintieron y se quedaron en silencio.

Después la serpiente volvió a besarla, una vez en la frente y otra en la mano, en el sitio donde su diente la había rozado. Luego se deslizó a la hierba y se quedó allí como un relámpago que se hubiera echado a descansar.

—Siempre quise hacer una ajorca que fuera la mitad de hermosa que eres tú —dijo Mary—, una joya que brillara y echara chispas.

La serpiente parpadeó y alzó la cabeza y Mary pudo ver que estaba llorando y no podía hablar.

—Pero creo que ya no tendré tiempo para seguir intentándolo —dijo Mary.

Y la serpiente que ella llamaba Lanmo esperó en la hierba a que fuera a su encuentro. Pero cuando la vio ponerse de pie y dar un paso, exclamó:

—No. No, Mary. Debes recordar que cuando das pasos muy cortos, el jardín crece y crece. Camina con los pasos más cortos.

Pero ella dio otro paso y la serpiente volvió a exclamar:

—No. No, Mary. Debes dar pasos mucho más cortos que esos.

Pero ella dio otro paso y la serpiente volvió a exclamar:

—No. No, Mary. Debes recordar que si no das más pasos, el jardín seguirá por siempre jamás y no terminará y nada terminará, nunca más, nunca. Por favor —y esa fue la primera vez que la serpiente dijo por favor—. Por favor —y esa fue la segunda vez—. Por favor.

Y esa fue la última vez que la serpiente dijo por favor.

Y lo que pasó después no puedo contárselo. Nadie podrá obligarme a contarlo.

De modo que esta es casi toda, aunque no toda, la historia de cómo el corazón de una serpiente aprendió a latir. Y es casi toda, aunque no toda, la historia de una extraordinaria y sabia niña llamada Mary y la amiga a la que llamó Lanmo. Y es casi toda, aunque no toda, la historia de algo maravilloso y terrible y extraño.

Y podría ser que Mary y Lanmo siguieran esperando en el jardín hasta hoy. Sé que a las dos les habría gustado.

## *Agradecimientos*

Gracias a Hans Koch y a Antoine de Saint-Exupéry.

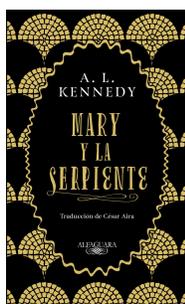
## El espíritu de *El principito* reelaborado para el siglo XXI.

«Una escritora excepcional.»

*Observer*

«Una novelista de clase mundial.»

*New York Times Book Review*



Mary es una niña que vive en una hermosa ciudad, donde las cometas vuelan muy alto, en una casa con un jardín que a veces es pequeño y a veces es enorme. En ese jardín conoce a Lanmo, que se convierte en su mejor amigo. Es la primera vez que Lanmo se hace amigo de una persona. Lanmo es una serpiente dorada, con unos brillantes ojos rojos, que se acurruca junto a Mary cuando se va a la cama y se posa sobre su hombro cuando va al colegio.

Pero nuestra serpiente, además, tiene ciertas obligaciones desde hace muchísimos años y debe dar uso a sus afilados colmillos en otras ciudades, con otras personas. Tras estas separaciones, algunas de ellas muy largas, cuando vuelve siempre se encuentra a Mary un poco más mayor, el pavimento siempre un poco más agrietado, siempre menos cometas en el cielo. Lanmo sabe que llegará el día en que no podrá volver a visitar a Mary y se pregunta si merece la pena tener una amiga si sabes que vas a perderla.

La historia de esta peculiar amistad entre una niña y una serpiente es, a fin de cuentas, la del aprendizaje práctico de las lecciones más duras y fundamentales: en qué consisten la separación, la pérdida, la amistad, el envejecimiento, el amor. Esta fábula, tejida con un lenguaje vibrante y cargado de imaginación, muestra además un singular reverso oscuro, pero tan rico y humano que hace de *Mary y la serpiente* un cuento total.

**La crítica ha dicho...**

«Kennedy es una autora superlativa y sin igual.»  
Stuart Kelly, *Scotsman*

«Exuberante, airada y peligrosa de leer [...]. Kennedy domina el arte de las frases buenas e impactantes.»  
*Los Angeles Times*

«Después de entrar en el mundo de Kennedy, es complicado encontrar una salida [...]. En *Mary y la serpiente*, los golpetazos emocionales van conectándose, uno tras otro, frase a frase, como en una concatenación de piezas de dominó que tuviesen el brillo del arcoíris. Divertida, sorprendente e inesperada [...], la prosa de Kennedy, como las infinitas meditaciones que despliegan sus personajes más interesantes, es al mismo tiempo lógica e ilógica, triste y alegre, sencilla y profunda, da vueltas y más vueltas en permutaciones sin fin, como si una serpiente elegante y pequeña luchase contra los límites de su propia piel, brillante y amenazadora.»  
*The New York Times*

«Una joya [...]. Kennedy nos habla de manera amable, clarividente y profundamente emocionante acerca de qué significa realmente la humanidad.»  
*Scotsman*

«Hermosa [...]. Hay que leerla y luego leerla otra vez.»  
*Independent*

«Maravillosa [...]. Kennedy es una fuerza de la naturaleza [...]. Todo lo que toca se convierte en arte y, en este caso, vuelve a impresionarnos con su audacia y asombroso cuidado por el lenguaje.»  
*New York Times Book Review*

«La breve y sugerente fábula habla de la necesidad de ser amable con los demás, de la avaricia y la política, de las migraciones. Habla de las lecciones que aprendemos de los libros que leemos cuando somos niños. Pero *Mary y la serpiente* habla, sobre todo, de la aceptación de la muerte como una parte inevitable de la vida. [...] Si conoces a un niño (o a un adulto) que haya perdido a alguien, dale este libro

Alex Preston, *The Guardian*

«Como un espejo que reflejase nuestras almas rotas [...]. A. L. Kennedy detalla de manera dolorosa nuestros defectos como seres humanos y los describe de manera tan real que quien la lee se zambulle en cada frase.»

*Associated Press*

«Un libro corto de alcance muy largo. El humor y la ligereza de la autora le quitan énfasis a su objetivo más serio: recordarnos de modo urgente que las cosas pequeñas e importantes son las que le dan sentido a la vida.»

Rebecca Abrams, *Financial Times*

«Una fábula en miniatura [...]. En esta época amarga de fronteras quebradas, el aporte de dulzura de esta historia, oportuna, atemporal, es más que bienvenido.»

*Sunday Times*

«Puede que se haya inspirado en la actual crisis de refugiados, pero el último libro de A. L. Kennedy encierra cierta intemporalidad, el estado de gracia y la franqueza emocional de una fábula clásica [...]. *Mary y la serpiente* está escrita con un aire infantil de maravilla y justicia y una comprensión madura de lo duras que son las vidas que afrontan los menos afortunados; fascina y emociona profundamente, y deja claro que solo quien tenga un corazón de piedra no tendrá los ojos húmedos al llegar a la última página.»

*National*

«Divertida [...], dulce, triste, siempre al borde de la fantasía.»

*Daily Mail*

«Una narración hermosa y sencilla que profundiza en la condición humana [...]. Un relato breve que es poético, que anima a vivir y que entristece, y del que no quieres que llegue el final.»

*Herald*

«Una lectura tremendamente entretenida [...]. Este libro es un extraño tesoro encerrado en una cubierta con escamas doradas.»

*Sunday Life*

«Una de las escritoras más firmemente deslumbrantes de su generación.»

*Independent on Sunday*

«En su narrativa existe una sensación permanente de peligro; en parte es por eso por lo que resulta tan emocionante leerla.»

*San Francisco Chronicle*

## Sobre la autora

**A. L. Kennedy** (Dundee, Escocia, 1965) es una prolífica escritora de novelas y relatos, guionista, monologuista y articulista. Ha trabajado en la Universidad de Copenhague y ha impartido clases de escritura creativa en la Universidad de Warwick. Además ha sido incluida en dos ocasiones la lista de *Granta* y ha recibido numerosos reconocimientos, como el premio Costa de 2007 al mejor libro del año. *Mary y la serpiente* es la obra más reciente de la autora.

Título original: *The Little Snake*

© 2016, A. L. Kennedy

Publicado originalmente en Alemania en 2016 por Karl Rauch Verlag GmbH & Co. KG, Düsseldorf

© 2019, César Aira, por la traducción

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3486-5

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Rafaela Romaya para Canongate.

Conversión ebook: Negra

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

[Mary y la serpiente](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)